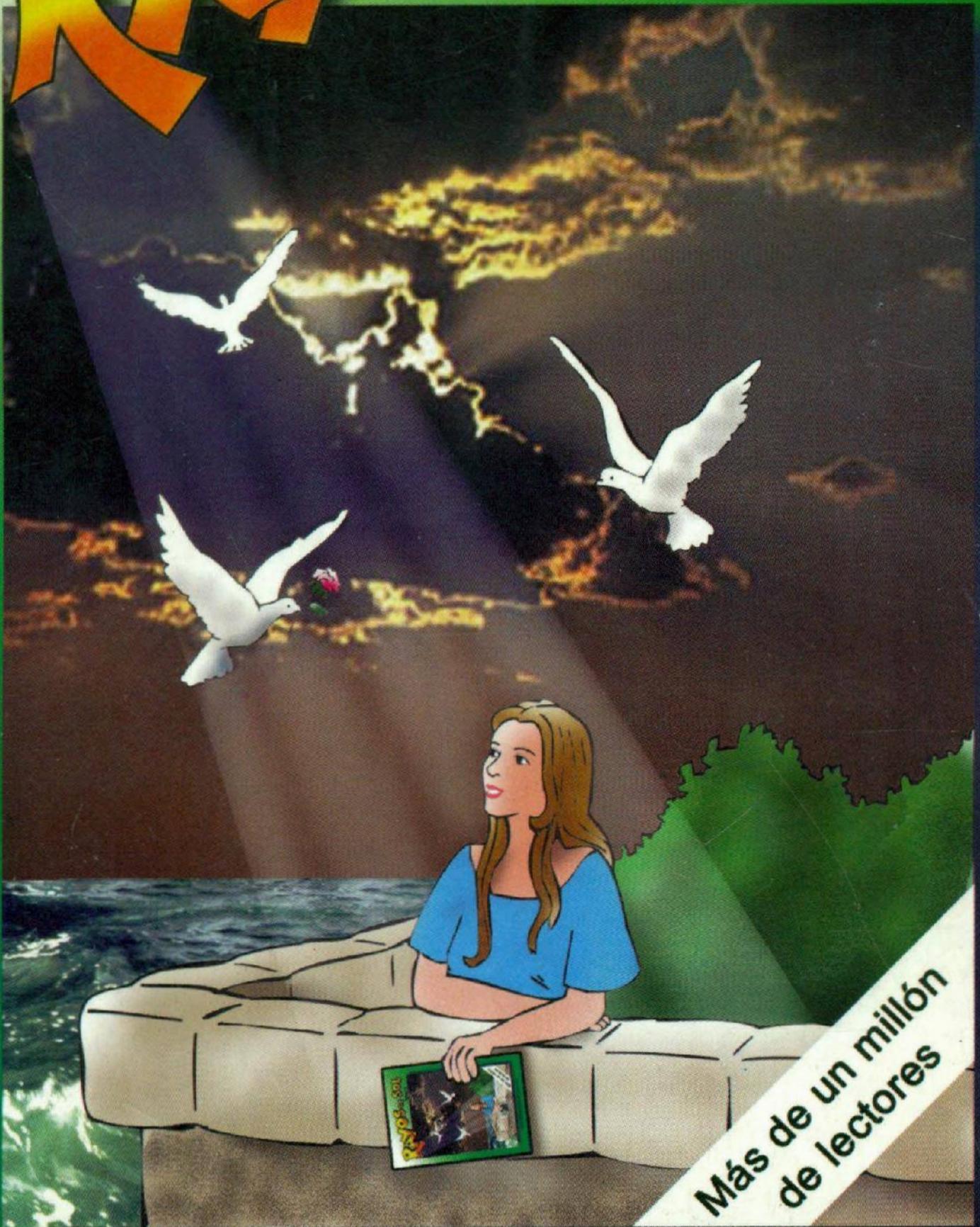


RAYOS DE SOL

Tomo 3



Más de un millón
de lectores

Anécdotas para el corazón

RAYOS de SOL

Anécdotas y poemas
para el alma

Tomo 3

NAVIDAD EN EL CORAZÓN

RAYOS

de

SOL

Anécdotas y poemas
para el alma

1era edición: 1000 ejemplares

Recopilado y editado por: RAYOS de SOL

© 2001, Sunbeams International

rayosdesol@consultant.com

DEDICATORIA

Dedico este libro a todos aquellos que están pasando por momentos difíciles en su vida. ¡Qué las palabras de este tomo sean una luz abrigadora en el gélido y oscuro túnel de la aflicción!

Como solía decir un amigo muy querido: «No hay nada más dulce, que la miel para una medicina amarga.» Lo que quería decir era que las dificultades son parte esencial y necesaria de la vida y hacen que reflexionemos y maduremos, pero a veces son experiencias muy amargas y desalentadoras, como medicina que nos causa náuseas. Con frecuencia nos desanimamos ante la magnitud de los problemas y es allí donde la «miel» en forma de unas palabras de elogio, un abrazo, una mirada tierna y comprensiva, un poco de cariño sincero, un libro celestial, un oído atento, obran maravillas.

Y como no hay una sola persona en este mundo que no tenga que transitar por el camino de la adversidad, te dedico este libro a *ti*.

Stephen S.

PROYECTO «RAYOS de SOL»

El proyecto «RAYOS de SOL» se inició con la impresión y distribución de anécdotas en forma de pequeños folletos. La primera historia que se imprimió fue «*Recuerdo de una joven madre*» (ver página 67 - RAYOS de SOL tomo 1). Debido a la impresionante acogida de dicho folleto se imprimieron otros dos títulos más, luego otros siete y así sucesivamente hasta llegar a cerca de 250 diferentes títulos y un millón y medio de folletos distribuidos gratuitamente en los últimos tres años.

Stephen S.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
Proyecto «RAYOS de SOL»	6
Reconocimiento	6
Índice	7
Noche de paz	9
Zapatos dorados	15
La casita llena de luz	19
El niño tartamudo	27
Buscando a su padre	31
Ha nacido un niño	42
Tengo a alguien en mi esquina	43
Luz y gloria	56
El primer nacimiento	57
La reina de África	61
Dar	64
Feliz Navidad	65
La concha	68
El explorador navideño	69
El mejor regalo	74
El sobre de Navidad	75
¿Coincidencia?	79
Un deseo para ti	84
Un error perfecto	85
En Navidad	88
La escalera milagrosa	89
Un niño los pastoreará	100
El tren de la nueva mamá	101
El paraguas	127

Cena de Navidad	134
La fiesta de cumpleaños	135
Mi mejor cantor	141
Milagro de curación	143
Mi regalo para Jesús	150
Una niña difícil	151
Mamá en el asilo	157
Leche aguada	165
Ha nacido un niño	170
El zapatero	171
El descubrimiento	175
El niño Jesús	180
De rodillas	181
Un lugar para María	183
La Navidad de 1914	187
El 25 de diciembre	191
Año nuevo	192

Más anécdotas navideñas:

Enfermera de corazón	<i>Tomo 1</i>	57
El bálsamo del perdón	<i>Tomo 1</i>	91
El exiliado	<i>Tomo 1</i>	117
El pan de cada día	<i>Tomo 1</i>	182
La esposa de Dios	<i>Tomo 2</i>	96
Comprado a gran precio	<i>Tomo 2</i>	183

NOCHE DE PAZ

Era la Nochebuena de 1818. Los niños en la aldea de Hallein, en los Alpes Austriacos, rebosaban de entusiasmo, ya que esa noche irían a la iglesia con sus padres y les permitirían acostarse tarde. Enseguida se abrigarían bien y cada uno llevaría un farolito por los helados caminos, con lo cual, de lejos aquella procesión de luces se parecería a un gigantesco árbol de Navidad iluminado por un centenar o más de luces centelleantes.

El pastor Joseph Mohr estaba atareado preparando el culto de aquella noche. Acababa de leer el secular relato de la primera Navidad y del nacimiento de Jesucristo, para convertirse en nuestro Salvador. En ese momento le avisaron que había nacido un niño en una humilde vivienda a pocos kilómetros del pueblo. Querían saber si el pastor podría ir a decir una oración por la madre y el hijo. Dejando su Biblia, el pastor Mohr se envolvió en su gruesa capa y tomó un bastón fuerte para que le resultara más fácil subir la escarpada ladera hasta la cabaña.

Tenía que ser precisamente aquella noche. Al llegar encontró al padre, la madre y el niño, al igual que hace muchos siglos los pastores encontraron a José, María y el Niño en el pesebre. Se sentía la presencia de Dios muy cercana y muy viva, por lo que la historia del nacimiento de Jesús cobraba un significado especial aquella noche. Mientras descendía lentamente por la ladera de regreso a su casa, reinaban una paz y una calma inmensas. Las estrellas centelleaban en el firmamento y una canción comenzó a resonar en su corazón. No dejaban de venirle a la cabeza determinadas palabras y cuando por fin llegó a casa, tomó papel y las escribió.

Aquella noche más tarde, entregó lo que había escrito a su amigo Franz Gruber, organista y maestro de la escuela del pueblo. A Franz las palabras le parecieron muy hermosas, tanto que les puso música. Esto es lo que Franz leyó:

Noche de paz, noche de amor.

Ha nacido el niño Dios,

y los ángeles cantando están:

Gloria a Dios, gloria al Rey celestial.

Duerme el Niño Jesús.

***Duerme el Niño Jesús.
Noche de paz, noche de amor.
Oye humilde el fiel pastor
coros celestes que anuncian salud,
gracias y glorias en gran plenitud
por nuestro buen Redentor,
por nuestro buen Redentor.***

A la mañana siguiente, muy temprano, Franz fue a visitar a su amigo y le llevó un regalo: la música que había escrito para su canción navideña. Los dos entonaron la nueva composición y más tarde la cantaron en la iglesia. El órgano no funcionaba, por lo que el sacerdote y el organista tuvieron que echar mano de lo que tenían: sus voces y una guitarra. Aquel día nació una gran canción navideña, con letra y música en perfecta armonía, que con el tiempo se convirtió en el villancico más popular del pueblo.

Cada primavera, cuatro niños del pueblo viajaban con sus padres a Leipzig, ciudad del reino de Sajonia, para asistir a la feria que se celebraba allí todos los años. Sus padres confeccionaban guantes de gamuza y los

niños los exponían y vendían. Tenían buena voz, y a veces cantaban en el mercado. Un año, Carolina, Joseph, Andreas y Amalia — que era como se llamaban los niños— entonaron una canción que nadie había escuchado. Cuando terminaron, un anciano caballero habló con ellos. Era el Sr. Pohlenz, director general de Música del reino de Sajonia, el cual les dio entradas para uno de los conciertos que dirigiría en la casa consistorial.

Los niños se quedaron muy contentos y entusiasmados; pero cuando por fin llegaron al gran salón, lleno de refinados caballeros y de damas con vestidos de seda, de esos que hacen frufú cuando se mueven, sintieron timidez. Y más aún cuando al final del concierto el Sr. Pohlenz se puso de pie y dijo a los presentes:

—Tenemos entre nosotros a cuatro niños que poseen las voces más angelicales de toda Austria. Quisiera que los escucharan.

Los niños cantaron su villancico preferido, algunas otras canciones que conocían y por último repitieron nuevamente su canción de Navidad:

*Noche de paz, noche de amor.
Da la estrella su fulgor.
Reyes de Oriente le traen a Emanuel
oro, incienso y mirra también.
Ha nacido Jesús.
Ha nacido Jesús.*

Luego le comunicaron al Sr. Pohlenz:

—Sus majestades, los reyes de Sajonia desean hablar con los niños.

Estos fueron presentados a los reyes, quienes les preguntaron dónde habían aprendido una canción navideña tan hermosa.

—En nuestro pueblo, sus majestades —respondieron—. Allá muchos niños y niñas la cantan en Navidad.

—Nos haría muy felices —dijo el rey— que la cantaran en nuestra capilla el día de Nochebuena.

Y en la víspera de Navidad de 1832, para deleite de todos los presentes, los niños cantaron en la capilla real de la corte sajona la hermosa letra de esta canción, que el mundo entero ahora conoce y estima:

Delante de mí había un niño y una niña.
El niño tenía unos cinco años de edad y la

**Noche de paz, noche de amor.
Ha nacido el niño Dios,
y los ángeles cantando están:
Gloria a Dios, gloria al Rey celestial.
Duerme el Niño Jesús.
Duerme el Niño Jesús.**

**Noche de paz, noche de amor.
Todo duerme en derredor.
Entre los astros que esparcen su luz
bella anunciando al niño Jesús,
brilla la estrella de paz.
Brilla la estrella de paz.**

ZAPATOS DORADOS PARA JESÚS

Faltaban sólo cuatro días para la Navidad. Aún no sentía el espíritu navideño, a pesar de que el estacionamiento del supermercado estaba repleto. Dentro de la tienda la saturación era peor. Los carritos de compras y los clientes de última hora causaban atascos en los pasillos.

¿Para qué vine hoy a la ciudad?, me pregunté. Los pies me dolían casi tanto como la cabeza. Tenía una lista de varias personas que decían no querer nada, pero yo sabía que se quedarían ofendidas si no les compraba algo.

Comprar regalos no tenía nada de entretenido para mí. Estaba comprando para gente que tenía de todo y los precios eran exorbitantes.

Llené mi carro de compras a toda prisa con esas cosas de último momento y me dirigí a las cajas. Escogí la que tenía la fila más corta, pero tendría que esperar al menos veinte minutos para llegar a la caja.

Delante de mí había un niño y una niña. El niño tenía unos cinco años de edad y la

niña era un poco menor. Él llevaba un abrigo harapiento y unas zapatillas viejas y enormes que sobresalían debajo de sus pantalones demasiado cortos. En sus manos, que estaban muy sucias, tenía varios billetes de un dólar, todos arrugados.

La ropa de la niña se parecía a la de su hermano. Su cabeza era una maraña de pelo ondulado. En su cara se veían restos de la cena. Llevaba en las manos un hermoso par de zapatos dorados de los que se usan en la casa. Se oía música navideña en el equipo de sonido del almacén y la niñita tarareaba feliz pero desafinadamente.

Cuando llegamos a la caja, la niña puso los zapatos con mucho cuidado sobre el mostrador. Los sostenía como si se tratara de un tesoro. La cajera marcó la cuenta.

—Son nueve dólares —dijo.

El niño puso sus billetes arrugados sobre el mostrador mientras buscaba más en los bolsillos de su pantalón. Consiguió reunir seis dólares.

—Supongo que tendremos que devolverlos —dijo valientemente—. Volveremos después, quizá mañana.

En cuanto oyó eso, la niña dijo con un leve sollozo:

—Pero a Jesús le habrían encantado esos zapatos.

—Bueno, regresemos a casa y trabajaremos un poco más. No llores, volveremos después —le aseguró su hermano.

En ese instante le pasé tres dólares a la cajera. Esos niños habían esperado un largo rato en la fila y a fin de cuentas, era Navidad.

De repente un par de brazos me rodearon y una vocecita exclamó:

—Muchas gracias señora.

—¿A qué te referías cuando dijiste que a Jesús le habrían gustado esos zapatos? —pregunté.

El niño respondió:

—Nuestra mamá está enferma y se va a ir al Cielo. Papá dijo que es posible que se vaya a vivir con Jesús antes de Navidad.

La niña añadió:

—En la catequesis dominical, mi profesora dijo que las calles del Cielo son doradas, como estos zapatos. ¿No le parece que mi mamá se vería hermosa caminando por esas calles con zapatos del mismo color?

Los ojos se me humedecieron al fijarme en la carita manchada por las lágrimas.

—Sí —le respondí—, no me cabe duda.

En ese momento le agradecí a Dios en silencio que se valiera de esos niños para recordarme lo que significa dar.

***No sólo en las navidades,
sino cada día del año,
la alegría que a otros das
vuelve siempre a tu regazo.***

LA CASITA LLENA DE LUZ

Era Nochebuena, y el pobrecito Juan, huérfano, sin casa ni parientes a quienes acudir, avanzaba penosamente por la nieve.

Llevaba la chaqueta hecha jirones y empapada en nieve fundida. Sus zapatos estaban gastados y abiertos por las suelas, de tal manera que tenía los pies entumecidos. Se había jalado la gorra para que le tapara las orejas y la frente, pero de todos modos ésta tenía un desgarrón que dejaba pasar el penetrante frío.

Caía la noche. La creciente oscuridad encontró al pobre muchacho aún caminando cansado, triste y solo.

—Ojalá encontrara un lugar donde refugiarme, donde abrigarme, donde no soplara este viento frío —se dijo—. ¡Ojalá me dieran algo de comer y una bebida caliente!

Al llegar al borde del bosque, divisó más abajo un pueblo al abrigo del valle. Varias casas grandes de aspecto distinguido bordeaban la colina. En las ventanas se veían luces, y el humo de muchas chimeneas formaba remolinos en el lóbrego cielo nocturno.

En el corazón de Juan nacieron nuevas esperanzas. Al fin pensó que encontraría entre tantas hermosas casas, a alguien que quisiera cuidarle. Apretó el paso, convencido de que sus males estaban a punto de acabarse.

Poco después llegó a la entrada de una mansión muy grande y lujosa. Había muchas luces en las ventanas y sobre la puerta principal brillaba una muy potente. No tuvo duda de que quien viviera en una casa así debía de tener dinero en cantidad y ayudaría con muchísimo gusto a un niño pobre y hambriento.

Con gran resolución, se acercó a la puerta y, poniéndose de puntillas, alcanzó a tirar de la campanilla. Lo hizo con todas sus fuerzas y produjo un ruido tan grande dentro de la casa que se asustó; más se asustó sin embargo, cuando de pronto se abrió la gruesa puerta de roble y apareció un señor vestido con una elegancia extremada.

—¿Fuiste tú quien llamó? —preguntó con el ceño fruncido el arrogante mayordomo.

—S-s-s-sí —respondió Juan, nervioso—. T-t-t-tengo mucho frío y hambre y pensé que ustedes...

—Es Nochebuena —le cortó bruscamente el mayordomo— y tenemos la casa llena de invitados. Lo siento, pero en estos momentos no podemos perder tiempo con chiquillos como tú. Buenas noches.

Y diciendo esto, cerró la puerta. Juan se quedó boquiabierto.

—Nunca pensé que hubiera gente capaz de eso —se dijo—. Tal vez aquí estén muy ocupados. Probaré en otro sitio.

Se adentró en el pueblo, pasando de largo ante las demás mansiones por temor a que la gente que había en ellas también estuviera muy atareada en Nochebuena para preocuparse por un chiquillo hambriento.

En la primera casa por la que pasó, se oían música y risas. Seguro de que sus moradores debían de ser muy simpáticos, tocó suavemente a la puerta. Sin embargo, dentro hacían tanto ruido que tuvo que volver a llamar varias veces, cada vez más fuerte.

Finalmente, la puerta se abrió de par en par y salió un joven con un chistoso gorrito de papel.

—Perdone —se disculpó Juan— me gustaría saber si...

—Lo siento —contestó el joven— pero ahora no puedo atenderte, tenemos una fiesta en casa.

—¡Pero escuche, por favor! —suplicó Juan.

—¡Lo siento! —dijo el joven, mientras cerraba de un portazo—. ¡Buenas noches!

Terriblemente decepcionado, Juan se dirigió a la casa contigua; pero la gente hacía tanto ruido que ni lo oyó llamar, a pesar de lo fuerte que golpeó la puerta.

En la casa siguiente, un viejo malhumorado le dijo secamente que se fuera a su casa y no molestara a los vecinos.

«¿Qué me vaya a mi casa? —pensó Juan—. ¡Si no tengo!»

En otra casa le dijeron que volviera otro día, que quizás entonces le ayudarían. ¡Pero él necesitaba ayuda en ese momento!

Una tras otra, fue recorriendo todas las casas del pueblo en busca de techo y comida, pero sin éxito.

Casi abandonada toda esperanza, descorazonado, continuó caminando penosamente, perdiéndose en la oscuridad de la noche y dejando atrás las luces parpadeantes de las casas. Tenía ganas de

darse por vencido de lo cansado, hambriento y desanimado que estaba.

En ese preciso momento, alzó la vista por casualidad y vio que estaba pasando ante una cabaña ruinosa, tan lóbrega y sombría que probablemente no la habría visto de no ser por el blanco manto de nieve que cubría el suelo y la hacía destacar. Una persiana tapaba la única ventana, pero débiles rayitos de luz salían por debajo de la puerta y por algunas grietas de la madera.

Juan se detuvo preguntándose qué debía hacer. ¿Tocaría a esa puerta?

¿De qué serviría? Lógicamente, si toda la gente que vivía en las casas grandes —y que tenía dinero para fiestas y demás— no podía ayudar a un niño pobre, ¿cómo le iban a poder ayudar en una casa así? No, no valía la pena. Sería mejor no molestarse.

Entonces lo pensó otra vez. Había llamado en tantas casas que no perdería nada con probar en una más. Y acercándose por el caminito cubierto de nieve, tocó suavemente a la puerta.

Instantes más tarde, ésta se abrió y se asomó una señora de edad.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Qué haces afuera en una noche tan fría?

—Señora... —comenzó a hablar Juan.

Pero antes de que pudiera decir nada más, la anciana abrió la puerta de par en par y lo metió adentro.

—¡Pobre criatura! Se nota que estás muerto de frío y de hambre y empapado. ¡Quítate ésto enseguida! Espera un ratito, que voy a prender el fuego y poner agua a calentar.

Mirando a su alrededor, Juan vio que la cabaña de una sola habitación, estaba casi vacía. La luz que había visto por las rendijas provenía de la única vela, que ardía sobre la repisa de la chimenea. Pero no tuvo tiempo de mirar mucho más, pues la buena señora ya estaba quitándole los trapos empapados que lo cubrían y envolviéndolo en una manta, después de lo cual lo sentó a la mesa ante un plato de humeante sopa.

Luego, la señora regresó a revolver el contenido de la cacerola que tenía en el fogón. Súbitamente, observó algo peculiar que le obligó a levantar la vista.

No podía dar crédito a lo que veía. La luz de la vela había dado lugar a un resplandor cálido y hermosísimo que aumentaba de

intensidad por momentos, invadiendo cada rincón de la cabaña con una luminosidad celestial. Cada uno de los deslustrados muebles brillaba y destellaba con el fulgor del oro bruñido, como cuando Dios llenaba el templo de Su gloria.

El rico, observándolo desde su mansión de la colina, exclamó:

—Hay una luz extraña en el valle. ¡Fíjense! ¡La cabaña de la viuda Greatheart está ardiendo!

La noticia se propagó rápidamente de una casa a otra y al poco rato, todas las fiestas fueron abandonadas, pues los convidados envolviéndose en sus abrigos corrieron a ver qué sucedía.

Ellos también vieron la luz, corrieron a la cabaña de la viuda y encontraron la ruinoso casita resplandeciendo como una vasija de alabastro.

Asomándose al interior, no vieron otra cosa que a la buena anciana cuidando del mismo niño que había llamado aquella noche a la puerta de todas sus casas.

Entonces, mientras el resplandor disminuía, tocaron a la puerta ansiosos por saber qué ocurría.

—Pues la verdad no sé —respondió la viuda Greatheart con una sonrisa que reflejaba gran gozo y satisfacción—. Lo único es que me pareció oír una voz que decía: «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis niños más pequeños, a Mí lo hicisteis» (Mat.25:40).

EL NIÑO TARTAMUDO

A excepción de la Sra. Chávez, directora del coro, a todos sorprendió que Luis se presentara en noviembre a los ensayos de la actuación de Navidad.

La Sra. Chávez no estaba sorprendida porque ella era la que había convencido a Luis para que por lo menos hiciera la prueba. Eso en sí era un gran logro, pues últimamente él había desistido de casi todo: de recitar en clase, de jugar a la pelota y hasta de pedir a sus hermanos que le pasaran las papas en la mesa.

Su comportamiento tenía una explicación muy sencilla. Luis era tartamudo y a veces, cuando se atascaba en una palabra, los demás niños se reían.

La Sra. Chávez había pensado que Luis sería capaz de cantar su parte con otros dos niños —Carlitos y Roberto— sin ninguna dificultad; y en efecto, en los ensayos salía muy bien. A Roberto le asignaron el único solo masculino y el resto del tiempo los tres cantaban juntos, hasta que Carlitos contrajo el sarampión y ya no pudo cantar. De todos modos, como Roberto tenía una voz potente, Luis sabía que le podía seguir.

La noche de la actuación, a las 7:15, Luis llegó y se encontró con la Sra. Chávez esperándolo en la puerta.

—Roberto está en cama con gripe —le dijo la directora—. Tendrás que cantar tú el solo.

Luis se puso pálido.

—N-n-no puedo —le dijo.

—No podemos hacerlo sin ti —insistió la Sra. Chavez.

«¡Horror! —pensó el tímido Luis— sin los otros niños no puedo. Será un desastre y todos se reirán. No quiero hacerlo solo. ¡Espero que no me obligue!» Pensamientos como éste le volaban por la cabeza, hasta que la directora le dijo:

—Luis, con la ayuda de Dios, sé que puedes. Al fondo del salón justo enfrente del estrado, hay un cuadro precioso del Nacimiento. Cuando cantes el solo, quiero que cantes únicamente para el Niño Jesús. No pienses en ninguno de los presentes, ni mires al público.

La directora miró su reloj y ya era la hora de la actuación.

—¿Lo harás?

Luis se miró a la punta de los zapatos.

—Lo-lo-lo intentaré —contestó por fin en voz baja.

Pasados veinte minutos, que le parecieron una eternidad, llegó la hora del solo de Luis. Fijó los ojos en el Niño Jesús del nacimiento y la Sra. Chávez comenzó a tocar la música al piano. Luis abrió la boca, pero en ese preciso instante tosió uno de los presentes. Esto hizo que Luis dejara de pensar en Jesús y tomara conciencia del público otra vez.

—A-a-aleluya —cantó tartamudeando.

La Sra. Chávez dejó de tocar y empezó de nuevo. Luis volvió a fijar los ojos en el Niño Jesús y reanudó el canto.

—¡Aleluya, nació el Señor! —se oyó en una voz sonora, clara y resonante. Y el resto del solo le salió igual de impecable.

Después de la actuación, Luis quería escabullirse rápidamente por la puerta trasera, pero en ese momento se le acercaron dos de los niños.

—¡Luis, el solo te salió de maravilla! —le dijeron— Perdónanos por habernos reído el otro día.

La Sra. Chávez se acercó a darle un abrazo. Ella sabía que James no tenía padre.

abrazo.

—¡Gracias, Luis! —le dijo—. ¡Te salió precioso! ¡Feliz Navidad!

Luis sonrió.

—¡Feliz Navidad, Sra. Chávez!

Los padres de Luis fueron detrás de los bastidores a recogerle.

—¡Felicitaciones, hijito! —le dijeron—. ¡Estamos orgullosos de ti!

Luis se puso el abrigo y salió a la noche estrellada sintiéndose satisfecho y contento, sabiendo que Dios le había tocado de una manera muy especial esa noche: nunca más volvió a tartamudear.

BUSCANDO A SU PADRE

El presente relato es la historia verídica de un pobre huerfanito que estaba muy triste porque no tenía padre, ¡hasta que un día lo encontró!

James caminaba de arriba abajo por la calle en medio del frío invernal, con su manojito de periódicos bajo el brazo. Caían algunos copos de nieve. Con apenas 10 años ya tenía que valerse por sí mismo y desde los siete vendía periódicos para ganarse la vida. Antes de ello, vivía con la señora Barlow, una bondadosa anciana que se hizo cargo de él cuando sus padres murieron.

Añoraba estar en la acogedora casa de la señora. Ella siempre tenía la chimenea encendida en los fríos días de invierno como éste, y le preparaba una deliciosa bebida caliente para cuando regresara a casa. La amable viejecita lo cuidaba con mucha solicitud. A James le encantaba estar en casa de la Sra. Barlow.

Un día, cuando faltaba poco para la Navidad, antes de que muriera la señora Barlow, una misionera había ido a visitarlos. Les había llevado comida y ropa de abrigo; James nunca se olvidó de aquella señora tan amable. Ella sabía que James no tenía padre,

por eso le dio una tarjeta muy bonita y le dijo que Dios quería ser su Padre y cuidar de él. Dijo que era una estampa de Navidad especial para él. ¡James nunca había visto una tarjeta tan encantadora! La misionera le había leído las palabras una y otra vez hasta que se le quedaron grabadas en la memoria: «A todos los que le recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.» Ella le contó que daba clases en una escuelita dominical misionera, donde había montones de chiquillos como él. Le prometió, que si necesitaba ayuda, ella lo ayudaría si iba a verla. No había pasado mucho tiempo de eso, cuando la señora Barlow murió y James se quedó solo. Como a él se lo llevaron a vivir a otro sitio, no pudo volver a ver a su bondadosa amiga la misionera.

Comenzó a vender periódicos por las calles. Vivía en un pequeño cuartito en un barrio pobre de la ciudad junto con varios otros chicos. Todas las noches al terminar de trabajar, cuando se acostaba desenvolvía antes de dormirse la preciada tarjeta que la misionera le había regalado y leía lentamente las palabras. De alguna manera, lo fortalecía

y le proporcionaba consuelo leer aquellas palabras, pese a que no las comprendía del todo.

James debía de haber envuelto y desenvuelto su preciada tarjeta por lo menos mil veces, pero nunca se cansaba de contemplar la hermosa imagen de Jesús y decir aquellas palabras tan especiales.

—Me gustaría saber cómo puedo encontrar a Dios y hacerme hijo Suo —decía a los otros muchachos—. Nunca tuve padre y me siento muy solo, cuando veo a otros chicos paseando por ahí en auto con sus padres. Vender periódicos no está mal, pero sería lindo tener un verdadero padre que me cuidara. Esta tarjeta dice que se puede ser hijo de Dios, si se cree en Su Nombre. Pero eso es todo lo que sé. Nunca he vuelto a ver a la señora que me dio esta tarjeta. Me gustaría encontrarla para que me explicara más. Ella decía que Dios es su Padre y que también quiere ser mi Padre. Decía que trabajaba en una escuela misionera, pero nunca he conseguido encontrarla.

James se secó una lágrima con la mano. Fred, el mayor de los chicos que estaban con él, le dijo:

—Vamos James, deja de llorar. Yo ya ni creo que exista Dios. Creo que lo mataron. Dicen que bajó de Su Casa del Cielo para ayudarnos. Era muy bueno y procuraba ayudar a la gente, pero luego lo mataron y se acabó.

Eso no animó a James para nada. Entonces habló el más pequeñín:

—A mí me parece haber oído que no fue a Dios al que mataron, sino a Su Hijo Jesús y que a lo mejor Dios todavía está vivo, pero que vive allá arriba en el Cielo. Tal vez por eso no viene mucho por aquí.

James miraba a su tarjeta.

—Aquí dice: «A los que creen en Su Nombre». Me gustaría entenderlo; así sabría cómo debo creer. Desde luego que me encantaría ser hijo Suyo.

Con tristeza, el pobre James volvió la cara contra la pared y sollozó en silencio hasta quedarse dormido. Por la mañana, la hermosa tarjeta seguía aún a su lado. La envolvió cuidadosamente y la metió dentro del bolsillo de su chaqueta, se levantó apresuradamente y salió a desayunar.

Esa noche, mientras James caminaba de arriba abajo para no pasar mucho frío —

aunque sus ropas eran demasiado ligeras como para sentirse abrigado—, trató de silbar para no desanimarse, pues las ventas habían estado bajas ese día y había vendido sólo algunos periódicos. Faltaba muy poco para Navidad y se veían algunas campanas y adornos navideños en la ventana del restaurante. Observaba cómo la mesera servía bebidas calientes y meriendas a muchas personas que entraban en su establecimiento en aquella noche de frío intenso. James había procurado ahorrar unos centavos para poder comprar un pastel de carne y hoy un amable caballero que compró un periódico le dio un poco más de dinero, diciéndole que se quedara con el cambio. James se había propuesto comprar esa noche su anhelado manjar para darse el gusto. En la vitrina se veían los pasteles de carne en hilera, recién saliditos del horno, pero a medida que observaba, se iban agotando uno tras otro a medida que los clientes pedían más pasteles de carne.

—Espero que pueda vender todos mis periódicos antes de que se acaben los pasteles —se dijo.

—¡*El Correo de la Tarde!* —pregonó a

una señora vestida con sencillez que estaba a punto de doblar la esquina.

—¡Ah, sí! Dame uno —contestó ella, aunque su tierna mirada manifestaba que lo que quería era ayudar a un pobre chiquillo necesitado de cariño. Al extender ella la mano para tomar el periódico, James fijó su mirada en el rostro de ella y casi se queda mudo de sorpresa. Tartamudeó un poco y de pronto dijo abruptamente:

—¿No es usted la hija de Dios?

—Pues claro que sí, ¡soy hija de Dios! —dijo ella, un tanto sorprendida por la pregunta—. ¿Por qué me lo preguntas?

A James se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría y el corazón le palpitó de emoción.

—¡Uy, señorita!, ¿no se acuerda usted de mí? Soy el niño que vivía con la señora Barlow, al que usted le dio una tarjeta. ¡También era Navidad! Pero ya hace mucho tiempo de eso.

Los periódicos que le quedaban a James cayeron en la acera cubierta de nieve mientras sus deditos entumecidos hurgaban en su chaqueta.

—¡Aquí está! —dijo lleno de alegría

mientras sacaba la gastada tarjeta—, desde entonces la he tenido siempre conmigo. Quiero que me enseñe cómo puedo encontrar a Dios y ser Su hijo. Aquí dice que Él nos hace Sus hijos y yo he estado esforzándome mucho por ser bueno, señorita, para que Él quiera que yo sea Su hijo. Me gusta trabajar y vender periódicos no está mal; pero es que no soy de nadie y me gustaría tener padre.

La señora se acordó de James y se le iluminó la cara con ese brillo tan especial que sólo los hijos de Dios tienen en el rostro.

—Pues de ahora en adelante vas a ser de alguien —dijo mientras se agachaba y ayudaba a Jamey a recoger sus periódicos—. ¡Ven conmigo!

Pero James parecía intrigado.

—Quiero ir con usted, señorita, pero verá, me quedan todavía unos cuantos periódicos que vender. Tengo por norma no cenar hasta haber vendido todos los periódicos.

La señora admiró la determinación de James de ser fiel en su trabajo, y le dijo:

—Está bien, vuelvo en una hora. ¿Qué vas a cenar?

—Pues he estado observando esa hilera de pasteles de carne calentitos y medio que

pensé que podría comprarme uno... si es que no se acaban antes de que yo termine — añadió.

—No te preocupes, James, que vas a comer pastel de carne. Vuelvo en una hora —dijo la señora y se fue apresuradamente.

Nunca pasó una hora tan lentamente como aquélla. James se preguntaba si no habría cometido el mayor error de su vida al haber dejado que la señorita se fuera sin haberle preguntado al menos su dirección o haberle pedido que contestara todas sus preguntas.

Por fin, a James sólo le quedaba un periódico por vender. Viendo que se acercaba un caballero de aspecto amable, pregonó:

—¿*El Correo de la Tarde*, señor? ¡*El Correo de la Tarde* con las últimas noticias!

Al ver la mirada suplicante del muchacho, el hombre se detuvo, sonrió y dijo:

—Como no, jovencito, dámelo. Está bastante fría la noche para andar con una chaqueta tan delgada, ¿no?

Era verdad, pero por dentro James tenía una cálida sensación de esperanza que hacía que no sintiera tanto el frío.

La hora pasó y James esperaba ansiosamente a que la señora volviera. Una oscura duda más fría que el gélido viento, le cruzó por la cabeza.

—¿Y si ella no regresa? ¿Y si tengo que esperar otros tres años para volverla a ver? —pensó. James no quería que pasara eso—. Diosito —rezó—, si estás allí, si puedes oírme, ¡por favor, haz que vuelva a mí!

En cuanto James terminó su silenciosa oración, apareció la señorita, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Todo está arreglado! —dijo—. Dios no sólo quiere que seas Su hijo, ¡sino que también quiere que vengas a casa a vivir con nosotros!

James apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿Que Dios quiere que sea hijo de Él y puedo irme a vivir con usted?

—Así es —dijo ella cariñosamente—, ¡te lo explico todo mientras comemos nuestros pasteles de carne!

—¡Pero ya se acabaron todos! —dijo James señalando a la vitrina del restaurante.

—Dios ha prometido proveer todo lo que nos falta —dijo ella—. ¡Estoy segura de que

Él puede ayudarnos a encontrar más pasteles de carne en algún otro sitio!

Al poco rato, James y la amable señorita se encontraban sentados en un buen restaurante grande y acogedor comiendo pasteles de carne. Ella le dijo a James cosas maravillosas acerca de Dios y lo mucho que Él ama a sus queridos hijos, así como que envió a Jesús para enseñarnos sobre Dios y Su amor a fin de libranos de nuestros pecados y de que pudiésemos hacernos todos hijos de Dios. En ese punto de la conversación, James recordó que a Jesús, el Hijo de Dios, lo habían matado.

—Pero Jesús murió, ¿no?

—Sí, murió, James, pero a los tres días resucitó de entre los muertos y ahora vive eternamente para ser nuestro Amigo y ayudarnos a ser hijos de Dios.

La señorita rezó con James para que recibiera a Jesús en su corazón, ¡y así él pudo saber por fin lo que significaba ser hijo de Dios! Esa noche fue a su nueva casa en la escuela misionera, donde por primera vez en mucho tiempo se dio un baño caliente, se puso pijamas limpias y durmió bien abrigado en una buena cama.

Tan pronto como pudo, James fue a buscar a otros chiquillos vendedores de periódicos y los llevó a la escuela misionera para que pudieran oír la maravillosa historia de Jesús y Su amor. Y ellos también aprendieron que podían convertirse en hijos de Dios con sólo recibir a Jesús en su corazón.

Después de eso, James fue al colegio y estudió la Biblia y cuando cumplió 19 años se licenció con altas calificaciones en el seminario bíblico.

Se llamaba James Carey y llegó a ser un misionero que trabajó entre la gente pobre y de clase humilde de la gran ciudad donde vivía. Pobres y ricos aprendieron a amarlo. James se sentía tan agradecido de que Dios lo hubiera hecho hijo Suyo que se esforzó por ser un hijo bueno y fiel. Hizo todo lo que pudo por ayudar a los demás a conocer a su gran amigo Jesús. Muchas veces antes de acostarse, abría una cajita y sacaba una tarjeta navideña muy gastada en las que leía estas palabras: *«A todos los que le recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hechos Hijos de Dios».*

HA NACIDO EL SALVADOR

Y (María) dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Había pastores en la misma región, que velaban ... su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: *No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.* Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían:

¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. (Lucas 2:7-19)

TENGO A ALGUIEN EN MI ESQUINA

Cada Nochebuena las mujeres de la localidad de Renshaw, en Nueva Escocia, Canadá, acuden al anochecer a la estación del pueblo. Con los niños ya acostados, esperan a padres y esposos, quienes después de haber hecho compras toda la tarde en la ciudad, regresan al pueblo cargados de juguetes, los regalos de Navidad.

Era muy joven cuando conocí a una señora llamada Emily Sanders, que año tras año, había esperado en vano cada Nochebuena en la estación, helándose a la luz de las estrellas. Lo que voy a relatar es la historia del hombre a quien ella esperaba. He cambiado los nombres y alterado algunos detalles de la historia, pero en esencia, es una reseña fiel de lo que sucedió allí hace mucho tiempo.

Todo comenzó un día de junio, cuando yo estudiaba en el seminario y hacía prácticas de predicador durante el verano, en Evangeline. Una vez yendo en bicicleta por un camino rural, de repente se desató una formidable tormenta. En medio del aguacero, pude distinguir unos metros delante mío a una

niña descalza que pasaba chapoteando por un inseguro puente de tablas.

—¿Quieres que te lleve? —pregunté a la pelirroja niña.

Saqué un paraguas plegable del portaequipajes. Con la niña manteniendo el equilibrio delante de mí en la bicicleta y yo sosteniendo inseguramente el paraguas sobre nuestras cabezas, intenté conducir con una sola mano cuesta abajo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Mary —me respondió—. Soy hija de Frank Sanders. Entonces, ¿me tengo que bajar?

No tuve tiempo de pedirle que me explicara tan extraña respuesta, pues ya habíamos llegado. En la puerta había una señora alta y muy delgada; lo único que tenía bien cuidado eran sus lisos cabellos, recogidos en doradas y apretadas trenzas.

—¿Cómo es que llevaba paraguas si todo el día ha hecho sol? —me preguntó con tono suspicaz, mientras se llevaba a Mary adentro junto con sus otros tres hijos.

—Predico durante el verano en la iglesia del cruce —dije explicándome—. Como la otra noche hicimos rogativas por lluvia, pensé que

sería más precavido llevar paraguas.

Me hizo un gesto para que entrara. En la pared observé tres retratos de un mismo hombre. Era un boxeador en calzón corto, con los puños alzados en una posición de guardia típica, de John Sullivan.

—¿Quién es ese boxeador? —pregunté.

—¡Papá! —respondieron a coro con voz chillona los cuatro niños.

—¡Fue campeón de peso semipesado! —exclamó el mayor.

—¡Todavía da unos derechazos tremendos! —exclamó otro.

—¡Es muy fuerte! —dijo Mary bajito.

La madre mandó callar a sus hijos y cambió de tema:

—Por si no lo sabe —anunció fríamente—, los miembros de su iglesia no quieren saber nada de nosotros. Y tampoco nosotros queremos tener nada que ver con ellos. No, no es ningún malentendido. Todos piensan que mi marido es un inútil. Mientras yo siga con Frank, no querrán ayudarnos, así que...

Una súbita ráfaga de viento agitó la sala mientras la puerta se abría de par en par y entraba un hombre pisando fuerte. Estaba totalmente mojado, pero aun así se notaba

que era el boxeador de las fotos.

—¿Es usted el predicador veraniego? — me preguntó con tono exigente.

—Sí —respondí—, soy John Bonnell.

Me señaló hacia afuera, a la tormenta. No tuve más remedio que despedirme con un gesto de su callada esposa e hijos y marcharme en la bicicleta.

Lógicamente, fue una sorpresa tremenda para mí ver en el culto del domingo a Frank Sanders, limpio, afeitado y sentado —solo— en el último banco. ¿Qué hacía en la iglesia aquel púgil venido a menos?

Después del día en que Sanders me echó de su casa, yo hice algunas indagaciones y me enteré de que su esposa Emily mantenía a la familia trabajando de lavandera y sirvienta suplente, mientras él cazaba conejos y gansos salvajes y pescaba en los lagos. Pasaba mucho tiempo con su único amigo, a quien todos conocían como el doctor Tom. Se trataba de un ex-catedrático enviciado, que siempre andaba emborrachándose con Frank. Tenía razones de sobra para preocuparme al ver a Sanders en mi congregación.

Terminado el culto, permaneció impasible en el banco, hasta que todos los demás

feligreses salieron y quedaron esperando junto a la verja. Pensaban que él había venido buscando pelea.

—**Sea** bienvenido, Sr. Sanders —le dije.

—**No** se haga ninguna idea, pastor —dijo poniéndose en pie, mientras guiñaba un ojo—. Yo no creo en pamplinas religiosas.

—¿**Así** es como hablan los boxeadores? ¿Por qué vino, Frank? —le pregunté.

—**Pastor**, a usted le interesa que venga mucho público a sus cultos, ¿verdad? Pues va a tener público, porque voy a venir cada vez que haya culto. La gente va a hablar con toda seguridad. Vendrán en tropel esperando algo espectacular, que usted me deje fuera de combate y yo le ruego que me salve de mis pecados. ¡Ja! Como bien comprenderá, ¡jamás voy a hacer tal cosa!

—**Entonces** —pregunté bastante desconcertado—, ¿por qué quiere que asista tanta gente a mis cultos?

—**Por** haber tenido la amabilidad de ayudar a mi hija Mary en la lluvia, pastor. Cuando le ordené que se fuera de mi casa, no sabía que había hecho eso. Tengo que saldar mi deuda con usted.

Y con la cabeza erguida, se fue silbando.

Jamás habían asistido tantos fieles a nuestra capilla como aquel verano; los bancos de pino no eran suficientes para acomodarlos a todos. Y Frank, fiel a su promesa, siempre estaba allí, en la última fila. Al principio iba siempre solo. Más adelante, comenzó a llevar a toda la familia de punta en blanco y todos se comportaban correctamente. Algún tiempo después, me enteré de que había encontrado trabajo en un aserradero. Durante más de un mes no había tocado la bebida.

Una mañana, enfrente del almacén, me detuvo un hombre de patillas pelirrojas. Tenía una botella en la mano y me cortaba el paso.

—¡Mire, pastor! —dijo resollando—. Si lleno esta botella de agua, ¿sería capaz de convertirla en un buen whisky?

Como no le di respuesta, se volteó hacia Frank Sanders, que salía en ese momento de la tienda.

—¡Me imagino —le dijo— que te habrá hecho creer en el milagro del agua que se convirtió en vino!

—Doctor Tom —le dijo Frank con una sonrisa—, te puedo hablar de un milagro mayor todavía que ha hecho el pastor. Ha convertido el ron en pan y ropa para mi familia,

que ahora es muy feliz.

—¡Pamplinas! —dijo el doctor Tom asiéndome por la solapa—. ¡Oiga, pastor! Supongo que piensa que está convirtiendo a Frank. Pues permítame que le profetice lo que va a pasar. Inmediatamente después de que usted vuelva a la ciudad de donde vino, mi viejo amigo Frank dejará su trabajo. ¡Inmediatamente! Y dejará a su condenada familia. ¡Inmediatamente! ¡Y volverá conmigo! ¡Inmediatamente!

—¿Y a usted le parece bueno eso?

—Al menos podrá sacarle algo de chispa a esto que llaman vida. No se lo va a conquistar usted; lo tengo conquistado yo. ¡Ya lo verá!

Yendo en zig zag, se dirigió hacia el camino de la colina mientras volvía la cabeza gritando:

—¡Pregúntele a Frank qué hará la próxima Nochebuena!

Los ojos de Frank reflejaban gran preocupación.

—No estoy seguro de que pueda aguantar sin caer, después de que usted haya vuelto al seminario, pastor. Esto es mucho más difícil para mí, de lo que usted se imagina. Lo que me da fuerzas es escucharle; es como si usted fuera mi manager que me anima y me dirige

desde la esquina, mi segundo. Me infunde valor. Todo el mundo necesita tener a alguien en su esquina.

—Todo el mundo tiene a Alguien —le dije—. Y usted también puede contar con ese Alguien.

Me lanzó una mirada vacía que reflejaba duda.

—Pero no se le ve —me dijo entre dientes—. Ese Alguien no tiene pellejo. No podré verle la Nochebuena que viene.

Eso era lo que Frank más temía. Los últimos cinco años, había ido a Earlton con dinero para comprar regalos; pero en vez de comprar juguetes, se ponía a beber y terminaba como una cuba.

—Eso es lo que espera ahora que pase el doctor Tom —concluyó amargamente.

—Frank —dije impulsivamente—, si es capaz de aguantar hasta la mañana del 24 de diciembre, vendré a ayudarle a pasar la Nochebuena.

—¡Trato hecho, pastor!— exclamó mi amigo.

Pasada la primera semana de septiembre, cuando regresé a la ciudad donde vivía, la capilla de Renshaw se cerró y no se abriría

hasta la primavera. Emily Sanders me escribió diciendo que su esposo todavía trabajaba, e incluso hablaba de construir bancos nuevos para la iglesia; pero la madera dura que necesitaba no se encontraba con facilidad. El doctor Tom tenía, sin embargo, una buena provisión en su patio, pero se negaba a venderla si Tom no tomaba unos tragos con él.

—Hasta ahora —decía Emily en su carta—, Frank no lo ha hecho, pero ahora sería capaz de hacer casi cualquier cosa por la iglesia.

Es sorprendente —¿no les parece?— que para cuando llegaron las Navidades me hubiera olvidado de la cita que tenía en Nochebuena. La recordé en el último momento mientras hojeaba mi diario y me encontré el nombre de Frank Sanders.

Telefoneé para anular mis compromisos y disculparme, agarré el primer tren y al mediodía me encontraba una vez más en casa de Sanders en Renshaw, pero ya era tarde.

—Frank se fue a la ciudad con los demás hombres del pueblo —me explicó Emily—. Se llevó el dinero para los juguetes. Pero cuando vio que usted no llegaba en el tren de la mañana, se le vino el alma a los pies.

—Le seguiré en automóvil —exclamé—, alquilaré uno.

Pero en aquellos tiempos no se alquilaban vehículos en Renshaw. No tenía forma de salir del pueblo.

Aquella noche, a la hora de la llegada del tren, esperé con Emily en el andén. ¿Qué veríamos cuando arribara? ¿Cómo estaría Frank Sanders, borracho o sobrio? Entonces apareció el doctor Tom, con gorro, chaqueta de pieles y fumando un puro.

—¡Ja! —exclamó provocándonos—. ¿Para qué hace esperar aquí a esta pobre mujer? Emily Sanders sabe tan bien como yo lo que le va a llegar en ese tren. ¡Inmediatamente!

—Rece, por favor, pastor —musitó Emily—. Lo peor es el viaje de regreso en tren. Todo el mundo lleva una botella y la pasa a los demás. ¡Rece con todas sus fuerzas!

—¡Que rece, ja! Eso demuestra que no tiene la seguridad. ¡Pues yo sí estoy seguro! ¡Lo bastante para apostar plata! ¿Quién acepta la apuesta? ¿Quién tiene cinco dólares y los apuesta a que Frank Sanders bajará de ese tren sobrio? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Nadie? Tres dólares. Bueno, pues entonces dos. Seguro que entre los presentes hay alguien que

apostarí dos miserables dólares al bueno de Frank. Piensen vecinas, es apostar por un alma humana. ¡Así lo diría el pastor! ¡Y usted, pastor! ¿Apuesta un dólar?

—No me gusta apostar —le dije.

—No me diga que no cree en Frank Sanders... ¡no me diga que no cree que valga ni un dólar!

¿Fue justa indignación o mal genio? Todavía no estoy seguro. No me gustaba nada apostar, pero dije:

—Acepto la apuesta. Si Frank Sanders viene sobrio, me entregará la madera buena que tiene almacenada para hacer bancos nuevos para la iglesia. Si no, se la pago.

—¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —asentí nerviosamente.

Mientras nos estrechábamos la mano, oímos en la distancia el silbido del tren y le pedí a Dios que ganara aquella apuesta, la primera y la última de mi vida.

Luego se oyó la sonora campana y la locomotora que tiraba de dos vagones tenuemente iluminados, se detuvo soltando humo ruidosamente.

Agricultores, ganaderos y fruteros descendieron en tropel del tren, pero Frank

no daba señales de vida. El doctor Tom miró a su alrededor con una sonrisa mientras yo subía a bordo y recorría los vagones. Cuando salí por la puerta del final, pregunté a voces:

—¿Alguien ha visto a Frank Sanders?

Sacando medio cuerpo por la ventana de la locomotora, el maquinista gritó con voz bronca:

—**S**í, yo lo vi, como unas dos horas antes de la salida del tren. Estaba entrando en la taberna Blue Nose.

No necesitábamos que nos dijeran más. La multitud dio un suspiro, mientras daba media vuelta y se dirigía al puente que cruzaba sobre las vías. Tomando a Emily del brazo, comenzamos a andar de vuelta a casa. Yo me estaba aguantando para no llorar, pues era un hombre al fin y al cabo. ¡No podía perdonarme a mí mismo por haberme olvidado de una cita tan importante!

Al otro lado del puente se perfilaba una carreta tirada por dos caballos blancos. El conductor se puso en pie y meneó el sombrero en el aire mientras deseaba *Feliz Navidad* a todos.

En ese momento, vi —así como todos los presentes— un rostro que me era familiar

saliendo de entre una carga de toneles. Era Frank Sanders, que saltaba a la carretera cubierta de nieve. Después, el carretero le entregó una muñeca, un tambor, un barco y una cuna de juguete: todo un cargamento de juguetes para los niños.

—¡Emily! —gritó Frank—. ¡No tengas miedo, que no he probado una gota! Pensé que sería más prudente no venir en tren. Hay muchas tentaciones, todo el mundo pasa botellas. Por eso le pedí al cochero de la taberna Blue Nose que me trajera en su carreta.

Emily corrió hacia él, que en ese momento me vio.

—¡Pastor! —exclamó—. ¡Ha venido! ¡Muchas gracias! Pero sabe, tenía razón. He tenido a Alguien en mi esquina en todo momento, ¡hasta entre las barriles de cerveza! Saber eso lo arregla todo. Venga a casa y ayúdenos a adornar el árbol.

—Primero —le dije— tengo que ver al doctor Tom para que pague sin falta a la iglesia lo que he ganado. ¡Inmediatamente!

LUZ Y GLORIA

Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.

Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. (Lucas 2:25-35)

EL PRIMER NACIMIENTO

Se dice que el pesebre, tan popular elemento de las fiestas navideñas, fue introducido por San Francisco de Asís. La primera representación del nacimiento de Jesús respondía al anhelo del santo de hacer más comprensibles para la gente común, las grandes verdades del Espíritu.

Francisco amaba a todo el mundo, así al poderoso pontífice en su palacio vaticano, como a los mendigos de la calle, los bandidos que merodeaban por los montes y de modo especial a los parias de la sociedad, como los leprosos.

El joven de Asís amaba también a todas las criaturas, no sólo las humanas. Sentía una predilección especial por los pajarillos. Es de todos conocido que cuando se posaban cerca de él, les predicaba y levantaban vuelo cuando les decía que se podían marchar. Amaba también a otros animales, incluso al feroz lobo que aterrorizaba la aldea de Gubbio y al que según se cuenta amansó. En cierta ocasión rogó al Emperador que emitiera un decreto, por el cual se debía suministrar en Navidad una ración mayor de alimento a todos los ani-

males domésticos, para que ellos también pudieran regocijarse en el Señor.

En su juventud también había sentido gran apego por los bienes de este mundo, en particular por finos atuendos, como las prendas de terciopelo y raso confeccionadas en el taller de su acaudalado padre, Pietro Bernardone. La usanza de aquellos tiempos era llevar encima la riqueza y ostentarla. A Pietro le alegraba ver a su hijo, el mozo más elegante del pueblo, al frente de la muchachada tocando música, cantando y parrandeando. Todo eso atraía clientela y contribuía al negocio, del que algún día el rico mercader esperaba hacer partícipe a su hijo.

Sin embargo, Francisco empezó a descubrir que lo material no satisfacía. Intuyó que debía de existir algo más auténtico y lo buscó por infinidad de medios. Inclusive fue a la guerra, con lo que no consiguió otra cosa que caer prisionero. Regresó a su pueblo muy debilitado tras una grave enfermedad.

Finalmente descubrió que la verdadera satisfacción se encontraba amando a Dios y haciendo Su voluntad. Tan magnífico ejemplo dio Francisco de este nuevo modo de vivir que comenzaron a juntarse seguidores en

corazones. (Lucas 2:25-35)

torno a él. Como ansiaba poner la verdad de Dios al alcance de su gente, cierta Navidad se le ocurrió hacer una demostración en vivo del nacimiento de Jesús, lo más próximo posible a la realidad, sin omitir la pobreza e incomodidades que caracterizaron aquel hecho.

Descubrió el lugar ideal para ello: un elevado montículo de piedras sobre una inhóspita montaña cercana a la aldea de Greccio. En una hendidura de la ladera halló una gruta. Decidió recrear allí la Natividad. Buscó un buey y una mula. Una imagen tallada en madera del Niño Jesús, cuyo origen es materia de otra historia de este libro*, la colocó en un pesebre entre ambos animales. La noticia se divulgó por toda la campiña. Hacia la cueva de la montaña se encaminó en la noche un flujo constante de hombres, mujeres y niños que se alumbraban con antorchas y velas. Por fin, se arremolinaron todos a la entrada de la gruta y contemplaron el interior.

«Aquella medianoche se iluminó como si fuera pleno día -escribió uno de los asistentes- con el gozo de hombres y animales y las multitudes que se congregaban en el lugar, dichosas de presenciar la renovación del

(*) Ver: «Milagro de curación», pág. 143

misterio eterno.» El propio Francisco cantó el relato del Evangelio con voz «recia, tierna y clara», según el testimonio del observador. «Seguidamente predicó con sumo amor sobre la venida a este mundo del Monarca pobre en la aldea de Belén.»

Así pues, al ver un nacimiento o pesebre en Navidad, podemos evocar a San Francisco, el pobrecito, como acostumbraba llamarse a sí mismo, que fue capaz de hacer tan palpables grandes verdades para otras personas como lo eran para él.

San Francisco de Asís (1182?-1226), siendo hijo de un rico mercader de Asís, Italia, en 1205 renunció a su vida mundana para entregarse enteramente a Dios y fundó la orden de los *Franciscanos*. (Véase también la película *Hermano Sol, Hermana Luna* de Franco Zeffirelli)

LA REINA DE ÁFRICA

En la costa occidental de África se encuentra una misión que siempre despertó gran interés en mí. Hace años, un joven del estado norteamericano de Pennsylvania fue allí como misionero. Se llamaba Adolphus Good. Pero no voy a hablar del Dr. Good, sino de una muchacha africana de aquel puesto misionero que llegó a ser una cristiana ejemplar.

El día de Navidad, ella y todos los creyentes nativos asistieron a la misión para conmemorar el nacimiento del Señor. No lo hacían para recibir regalos o hacérselos unos a otros. Iban para ofrecer el mejor obsequio que pudieran a Aquél cuyo cumpleaños celebraban.

Terminado el culto de oración y alabanza, que incluía diversas canciones acerca de Jesús, como es costumbre entre muchos cristianos por estas fechas, los fieles se dirigieron en ordenada y larga fila al presbiterio. Uno a uno fueron entregando al misionero las ofrendas que llevaban para el Señor y Su obra.

La gente era muy pobre. Sus dádivas humildes. Es posible que, de haber estado nosotros presentes, hubiésemos sonreído al verlas. Sin embargo, eran fruto de un amor intenso. Se trataba de contribuciones generosas, ya que no eran parte de una abundante provisión, sino donativos de gente que vivía en extrema pobreza. Nos viene a la memoria el episodio de la mujer que dio dos monedas de poco valor al templo: Jesús dijo que con eso ella contribuyó más que los ricos, porque Dios no se fija en la cantidad que damos sino en lo que nos queda, y a ella no le quedó nada. Lo entregó todo.*

Aquellos nativos africanos llevaron pues, sus presentes: éste, un manojo de verduras; aquél, un ramo de flores o un centavo. Entre los creyentes que portaban sus ofrendas había un rostro nuevo aquel año. No recuerdo el nombre de la muchacha, pero la llamaré Reina. Era una hermosa joven de dieciséis años, que hasta hacía poco tiempo adoraba ídolos. De sus gastadas ropas extrajo una moneda de plata y la colocó en la mano del misionero.

(*) Véase S. Marcos 12:41-44

Éste se sorprendió tanto, que al principio no quiso aceptar la ofrenda. Dijo a la chiquilla que regresara más tarde. Ya en privado, averiguaría de dónde había sacado semejante fortuna, pues temía que hubiese robado la moneda. Asombrado, descubrió que la joven se había vendido como esclava de por vida al dueño de una plantación vecina, a fin de poder ofrecer a Jesús un presente que ella considerara digno. El precio: una moneda de plata, que obsequió a su Señor por haberla rescatado de una esclavitud mayor que aquella a la que se había vendido.

Ignoro lo que pasó después. Sospecho que el misionero compró la libertad de la joven. Lo que sí sé es que ella actuó movida por un gran amor y me pregunto si habrá en el mundo, un mejor cristiano que Reina. Era tan noble su amor que no le importó entregarse a sí misma, a fin de que otros llegaran a conocer el grandioso mensaje de la Navidad y el presente que nos hizo Dios por amor al mundo.

Dios no regaló al mundo oro, plata ni otras riquezas. Nos obsequió Su Amor. Se ofrendó a Sí mismo, como hace el que verdaderamente ama.

DAR

Tiempo de dar es la Navidad,
y dar es la clave de la felicidad.

Démons, pues, enteramente,
no sólo en Navidad, sino diariamente.

¡FELIZ NAVIDAD!

Este mensaje es para ti, no importa si entiendes la Navidad como una temporada de vacaciones, de fiestas con los amigos, de frenéticas expediciones a las tiendas en busca de regalos para tus seres queridos o una simple conmemoración religiosa.

¿Alguna vez has recorrido infinidad de locales comerciales buscando el regalo perfecto para tus allegados? Cuando al fin están todos bien envueltos al pie del árbol, todavía parece que falta algo. Te invade el cansancio. Quizá te preocupa que vayas a perder tu empleo en el despiadado mundo laboral de hoy y te preguntas cómo te las arreglarás para salir adelante o mantener a tu familia el año que viene. O puede que las relaciones con tus parientes estén tirantes y que anheles disfrutar de un poco de paz y de las sencillas alegrías de la vida.

¡Un momento! Hay unos regalos que has olvidado. Te los hace Alguien que te ama mucho. Son presentes para ti y para tus seres queridos. No los hallarás en ninguna tienda. Encierran un valor incalculable, pero no se

venden. De hecho, ¡son gratuitos! Han sido preparados por nuestro Padre celestial. Él te ofrece amor, alegría, paz y felicidad.

La Navidad se celebra para recordar que Dios nos hizo el mayor regalo que puede haber: Su Hijo Jesús. Aunque éste vino al mundo como una criaturita recién nacida, trajo consigo cantidad de maravillosos regalos de parte de Dios. Una vez que se hizo grande, los fue desarrollando de uno en uno, enseñándonos a amar a Dios y al prójimo. Y cuando murió por nosotros, nos obsequió el mayor de todos: ofreció liberarnos del temor a la muerte y nos prometió vida eterna en el Cielo cuando concluyera nuestra vida en la Tierra.

¿Te parece que esto es demasiado bueno para ser verdad? El mundo está tornándose muy duro y frío. A veces quizá te da la impresión de que el amor de Dios está tan lejano que no alcanza a llegar a tu corazón. Afortunadamente, lo cierto es que Dios te aguarda con los brazos cargados de regalos; lo único que tienes que hacer es pedirselos. Cada regalo lleva tu nombre escrito en la etiqueta. Dios envió a Su Hijo a la Tierra para que pudieras beneficiarte de ellos. ¡Sí, de

verdad! Lo hizo nada menos que por ti.

Si quieres disfrutar de esos regalos y hacer también partícipes de ellos a tus amigos y familiares, no tienes más que pedirselos a tu Padre celestial. Haz esta simple oración con ellos, o si prefieres hazla a solas:

«Gracias, Padre, por pensar en nosotros en Navidad. Te rogamos que nos concedas los regalos que nos has prometido: amor, alegría, paz, felicidad, y el mejor de todos: vida eterna contigo y con Tu Hijo Jesús. Te abrimos el corazón para que Tú lo llenes de cosas buenas. Amén».

¡Que Dios te bendiga con la mejor Navidad de tu vida, y que goces de estos regalos celestiales!

LA CONCHA

Una de mis anécdotas favoritas es la de un misionero que era maestro en África. Les había explicado a sus estudiantes nativos, que para Navidad, por ser el cumpleaños de Cristo, los cristianos se daban regalos unos a otros como expresión de alegría.

La mañana de Navidad uno de los nativos le trajo al misionero una concha marina de una belleza extraordinaria. Cuando éste le preguntó dónde había encontrado una concha tan bella, el nativo le respondió que había caminado una gran distancia hasta cierta bahía, el único sitio donde se conseguían dichas conchas.

«Me parece maravilloso que hayas ido tan lejos a buscar este hermoso regalo para mí», exclamó el maestro.

Alegremente, el nativo respondió: «Larga caminata ser parte del regalo».

No es lo que damos, sino lo que compartimos; ¡pues el regalo sin el que regala está vacío!

EL EXPLORADOR NAVIDEÑO

A pesar de toda la diversión y las risas, John Wilson, de 13 años, no estaba feliz. Había recibido todos los regalos que quería. También le gustaban los encuentros familiares que celebraban cada Nochebuena —esta vez en casa de su tía Susan— con el objeto de intercambiar regalos y desearse lo mejor unos a otros.

Sin embargo, John no estaba feliz, pues esta sería la primera Navidad que pasaría sin su hermano Steve, quien murió el año anterior atropellado por un conductor descuidado. John echaba de menos a su hermano y la estrecha relación que tenían.

John se despidió de todos sus familiares y explicó a sus padres que se estaba yendo un poco antes, porque quería visitar a un amigo y que después regresaría a pie. Estaba haciendo frío afuera, así que se puso su nueva chaqueta de tela escocesa, la cual resultó ser el regalo que más le gustó. Saliendo de la casa acomodó en el trineo, que también acababa de recibir, los demás regalos.

Luego salió a buscar al líder de su grupo de exploradores. John siempre se sintió a gusto con él. Sentía que él lo comprendía.

Aunque era rico en sabiduría, su líder de tropa vivía en el sector pobre de la ciudad y tenía que realizar diversos trabajos para sustentar a su familia. Para desilusión de John, su amigo no estaba en casa.

Mientras caminaba de vuelta a casa, observó los árboles y decoraciones que había en muchas de las pequeñas casas. Se detuvo frente a una ventana. Vio un cuarto viejo en el que había unos calcetines vacíos colgados frente a una chimenea también vacía. Junto a la chimenea, estaba sentada una mujer llorando.

Los calcetines le hicieron recordar que él y su hermano siempre colgaban los suyos el uno junto al otro. A la mañana siguiente, siempre estaban llenos de regalos. De repente, se le cruzó una idea por la cabeza. Aún no le había hecho ningún favor a nadie este día. Antes de que el impulso se desvaneciera, llamó a la puerta.

—¿**S**í? —inquirió la señora con tristeza.

—¿**P**uedo pasar?

—**C**omo quieras —dijo ella, viendo el trineo lleno de regalos y suponiendo que estaba recolectando regalos—, pero no tengo comida ni regalos para ti. No tengo nada, ni siquiera para mis propios hijos.

—Es por eso que estoy acá —replicó John—. Por favor, tome del trineo los regalos que quiera para sus hijos.

—¡Vaya! ¡Que Dios te bendiga! —respondió con gratitud la señora, que estaba asombrada.

Escogió algunos dulces, un juego, el avioncito y un rompecabezas. Cuando tomó la linterna de explorador, John casi dejó escapar un grito. En unos instantes, los calcetines estaban llenos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a John mientras se despedía.

—Me puede llamar el «Explorador Navideño» —le respondió.

La visita conmovió al muchacho y encendió una inesperada llama de alegría en su corazón. Comprendió que su pena no era la única en el mundo. Para cuando salió del sector ya había repartido todos sus otros regalos. La chaqueta de tela escocesa cubría los hombros de un niño que había estado titiritando.

No obstante, durante el trayecto a casa, a John le entró frío y se sintió incómodo. Había dado todos sus regalos y ahora no se le ocurría una explicación razonable que pudiera dar a sus padres. Se preguntaba cómo podría hacerles entender lo que hizo.

—¿Dónde están tus regalos, hijo? —le preguntó su padre en cuanto entró a la casa.

—Los regalé.

—¿El avión que te dio la tía Susan? ¿El abrigo que te dio la abuela? ¿Tu linterna? Creímos que te habrían gustado los regalos.

—Sí, me gustaron mucho —respondió el muchacho de manera poco convincente.

—¿Por qué fuiste tan impulsivo, John? —preguntó su madre—. ¿Cómo le vamos explicar esto a todas las personas que dieron de su tiempo y cariño para conseguirte esos regalos?

Su padre replicó con firmeza:

—Esa fue tu elección, John. No podemos permitirnos conseguir más regalos.

John se sintió terriblemente solo. Su hermano ya no estaba con él y había decepcionado a su familia. No había esperado recibir una recompensa por su generosidad, pues sabía que el hecho de hacer un acto bondadoso debe ser la recompensa en sí. De otro modo, pierde su brillo. No obstante, se preguntaba si alguna vez recobraría el gozo que tenía antes. Le pareció haberlo recobrado esa noche, pero había sido una sensación pasajera. Pensó en su hermano y se quedó dormido mientras lloraba.

Cuando bajó las escaleras la mañana siguiente, encontró a sus padres escuchando música navideña en la radio. De repente, el anunciador dijo:

—*¡Feliz Navidad! El relato navideño más bello que tenemos esta mañana viene del sector de los apartamentos. Un muchacho cojo tiene un trineo nuevo esta mañana, otro jovencito tiene una hermosa chaqueta y varias familias nos informaron que sus hijos están muy felices gracias a los regalos que les hizo anoche un joven que se presentó simplemente como el Explorador Navideño. Nadie sabe quién es, pero los niños del vecindario afirman que era un representante personal del Cielo.*

John sintió que su padre lo estrechaba entre sus brazos. Su madre sonrió entre las lágrimas.

—*¿Por qué no nos lo dijiste? No entendíamos lo que pasó. Pensamos que habías perdido tus regalos, o algo así. ¡Estamos muy orgullosos de ti, hijo!*

Volvieron a sonar los villancicos en la radio llenando el cuarto de música. ... *Gloria al Dios de los Cielos y paz a los hombres de buena voluntad...*

EL MEJOR REGALO

No olvides
que un gesto amable y
considerado,
como extender la mano
a un ser necesitado,
es el regalo mejor y más valioso,
pues no se compra;
viene de un corazón amoroso.
Y el que se entrega a sí mismo
se hace acreedor
a la dicha verdadera
y la paz interior.

Helen Steiner Rice

EL SOBRE DE NAVIDAD

No es más que un pequeño sobre blanco prendido en las ramas de nuestro árbol de Navidad. No lleva escrito nombre alguno ni señas que identifiquen al destinatario. Desde hará unos diez años se asoma entre las hojas puntiagudas del árbol. Todo comenzó cuando mi esposo Mike detestaba la Navidad. No me refiero al verdadero sentido de esta fiesta, sino a su comercialización, al derroche que trae consigo, a las carreras frenéticas de última hora por comprar una corbata a un tío o una polvera a la abuelita; a los regalos comprados a la desesperada, cuando no se encuentra otra cosa.

Consciente de que él lo veía así, un año decidí abstenerme de las habituales camisas, suéteres, corbatas y demás cosas. Pensé en algo especial para Mike. Y la inspiración me vino de la forma más inesperada.

Nuestro hijo Kevin, que entonces contaba con 12 años, estaba en el equipo juvenil de lucha libre del colegio. Poco antes de Navidad hubo un partido contra el equipo de la iglesia de un barrio pobre, en su mayoría integrado por chicos de raza negra. Aquellos

muchachos llevaban unas zapatillas, que si no fuera por los cordones, se les caerían a pedazos. Presentaban un marcado contraste con nuestros chicos, que andaban a la última moda con sus uniformes azul y oro y flamantes zapatillas. Nada más comenzar el evento, me alarmó observar que los del equipo contrario no llevaban cascos protectores. Saltaba a la vista que era algo que no se podían permitir.

Como era de esperar, la derrota fue aplastante para ellos. Ganamos en todas las categorías. Cada uno de los harapientos vencidos se levantaba de la lona y se marchaba con un aire de falsa arrogancia, una especie de orgullo callejero incapaz de reconocer la derrota. Mike, que estaba sentado a mi lado, meneó la cabeza tristemente y me dijo: «Ojalá hubiera ganado aunque fuera sólo uno de ellos. Tienen mucho futuro, pero perder así los va a desanimar del todo.»

A Mike le encantaban los chiquillos, cualquier muchacho. Los conocía bien, porque él mismo había sido entrenador de fútbol americano, béisbol y hockey en categoría juvenil. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de su regalo. Aquella tarde me dirigí a una

tienda de artículos deportivos, adquirí varios cascos y zapatillas de lucha libre y los envié de forma anónima a la iglesia del barrio de aquellos pobres chicos. El día de Nochebuena coloqué el sobre en el árbol. En su interior contenía una nota que le contaba a Mike lo que había hecho y le explicaba que esa acción era mi regalo para él. La sonrisa que le iluminó el rostro al leerla fue lo más luminoso de aquella Navidad y de los años que siguieron.

A partir de entonces se convirtió en una tradición de todas las navidades. Un año se trató de un cheque destinado a dos hermanos de edad avanzada, cuyo hogar había sido destruido por un incendio la semana previa a la Navidad. Aquel sobre fue lo más señalado de la celebración para nosotros. Siempre era lo último que se abría la mañana del día de Navidad y nuestros niños, desentendiéndose de los juguetes que recién estrenaban, aguardaban con ojos como platos, mientras su padre sacaba el sobre de entre las ramas y leía la correspondiente nota.

Con el paso de los años fuimos haciendo a los niños regalos más prácticos que los juguetes. Aun así, el sobre no perdió su

atractivo. Y la cosa no acaba aquí. El año pasado perdimos a Mike por culpa del temible cáncer. La Navidad me sorprendió tan sumida en el dolor que con las justas llegué a poner el árbol. En Nochebuena coloqué el sobre y en la mañana de la Navidad descubrí otros tres. Cada uno de nuestros hijos, sin que los otros lo supieran, había colocado un sobre para su padre. La tradición se había propagado y un día se propagará más aún, cuando nuestros nietos contemplen ilusionados cómo sus respectivos padres toman el sobre. El espíritu generoso de Mike, junto con el de Aquel que se entregó a Sí mismo en Navidad, pervivirá con nosotros.

¿COINCIDENCIA?

Me sentía muy orgulloso de mi hija Emily. Tenía sólo nueve años y había estado ahorrando el dinero que le dábamos cada mes y tratando de ganar un poco más, realizando pequeñas tareas en el vecindario. Estaba decidida a conseguir suficiente dinero para comprarse una bicicleta de montaña. Hacía tiempo que quería una y desde el inicio del año comenzó a ahorrar diligentemente.

—¿Cómo te va, mi cielo? —le pregunté poco después del Día de acción de gracias. Sabía que ella esperaba conseguir todo el dinero antes del fin de año.

—Tengo cuarenta y nueve dólares, papá, no sé si lo voy a lograr —me respondió.

—Has trabajado muy duro —le dije para animarla—. Sigue así. Claro que siempre puedes tomar una de las bicicletas de mi colección.

—Gracias, papá, pero las tuyas son muy viejas.

Sonreí para mis adentros. Ella tenía razón. Como soy coleccionista de bicicletas antiguas, las que tenía para chicas eran todas modelos de los años cincuenta. No eran

el tipo de bicicleta que una niña escogería hoy en día.

Cuando llegó la temporada navideña, Emily y yo fuimos a diversas tiendas para comparar precios. Ella encontró varias bicicletas menos costosas y pensó que tendría que conformarse con una de éstas. Cuando íbamos saliendo de una de las tiendas, vio a un voluntario del Ejército de Salvación, que hacía sonar su campanita pidiendo donaciones.

—¿Podemos darle algo, papi? —preguntó.

—Lo siento Emily, no tengo cambio —le respondí.

Emily siguió trabajando duro todo diciembre. Parecía que en efecto lograría su objetivo. Sin embargo, un día bajó a la cocina para contarle algo a su madre.

—Mamá —dijo con vacilación—, ¿recuerdas el dinero que he estado ahorrando?

—Sí, mi amor —respondió Diana, mi esposa.

—Dios me dijo que se lo dé a los pobres.

Diana se arrodilló para estar a la misma altura que Emily.

—Sería un lindo gesto, mi amor. Pero has estado ahorrando todo el año. Quizá podrías

dar una parte.

Emily sacudió la cabeza firmemente.

—Dios dijo que debía darlo todo.

Cuando nos dimos cuenta de que iba en serio, le sugerimos varios lugares a los que podría contribuir. No obstante, Emily había recibido instrucciones específicas. Así que una fría mañana de domingo, antes de Navidad, se acercó a un voluntario del Ejército de Salvación y le entregó sin fanfarria todos sus ahorros: 58 dólares.

El desinterés de Emily me conmovió. Había un vendedor de autos que estaba recogiendo bicicletas usadas para repararlas y regalarlas en la Navidad a niños pobres. Me di cuenta de que si mi hija de nueve años era capaz de regalar todo su dinero, yo ciertamente podía regalar una de las bicicletas de mi colección.

Fui al garaje y tomé una bicicleta para niños que estaba bonita, si bien pasada de moda. Mientras lo hacía, una segunda bicicleta parecía llamarme. ¿Debería regalar otra? No, bastaba con una.

No obstante, cuando me disponía a entrar al auto, no podía deshacerme de la sensación de que también debía donar esa se-

gunda bicicleta. Llegué a la conclusión de que si Emily podía hacer caso de las instrucciones celestiales, yo también podía. Así que regresé al garaje, agarré la otra bicicleta y me dirigí al concesionario.

Cuando las entregué, el vendedor de autos me dio las gracias y añadió:

—Está haciendo muy felices a dos niños, Sr. Koper. Estos son sus dos billetes.

—¿Billetes para qué? —pregunté.

—Por cada bicicleta donada, ofrecemos un billete para la rifa de una bicicleta de montaña para hombre nuevecita, con 21 velocidades. La rifa la hace un distribuidor local. Así que tiene dos oportunidades para ganar.

La verdad es que no me sorprendió mucho que el segundo número fuera el ganador.

—¡No puedo creer que ganaras! —exclamó Diana, riéndose.

—Yo no gané —contesté—. Es bastante claro que fue Emily la que ganó. Tampoco me sorprendió mucho que el distribuidor de bicicletas accediera de buena gana a darnos una bicicleta de montaña para chica, en vez de la de hombre.

¿Fue una coincidencia? Quizás. Yo prefiero pensar que esa fue la manera en que Dios

eligió recompensar a una niña que hizo un sacrificio propio de una persona mayor y a la vez impartir al padre una lección de amor y del poder del Señor.

«Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir». (S. Lucas 6:38).

Esto sucedió en los últimos días de la Gran Depresión de los años treinta. Mi abuelo tenía seis hijos y aquella misma mañana se había gastado en los anteojos 20 dólares, que en aquella época valían mucho más que ahora. La idea de tener que comprarse otros lo sacaba de quicio. «No es justo -le dijo a Dios- mientras voy a casa en el auto - después de haber invertido tanto tiempo y dinero en Tu obra, ¿ahora me haces esto?»

Varios meses después, el director del orfanato de la China estaba de permiso en

UN DESEO PARA TI

Tengo para ti un deseo
en estos días de Navidad;
es un deseo que supera
tus sueños, ¡y mucho más!

Te deseo la canción angelical
que habla de esperanza y amor;
deseo que el brillo de la estrella
te brinde desde el Cielo dirección.

Te deseo la fe inquebrantable
que a los magos guió a destino,
a través de la noche y el desierto
para ver al Santo Niño.

Te deseo un corazón humilde
con un objetivo claro y verdadero,
la bendición de Cristo,
nuestro Señor;
eso es lo que te deseo.

Edward Bos

EL ERROR PERFECTO

Mi abuelo materno era carpintero. Cierta día, construyó unas cajas de madera para su iglesia, las que servirían para enviar unos artículos a un orfanato en la China. Mientras regresaba a casa, se llevó la mano al bolsillo de la camisa para sacar sus lentes. No los tenía. Repasando mentalmente sus acciones, comprendió lo sucedido. Sin que él reparara en ello, los anteojos habían caído a una de las cajas, las cuales había cerrado con clavos. ¡Sus flamantes gafas iban rumbo a la China!

Esto sucedió en los momentos más difíciles de la Gran Depresión de los años treinta. Mi abuelo tenía seis hijos y aquella misma mañana se había gastado en los anteojos 20 dólares, que en aquella época valían mucho más que ahora. La idea de tener que comprarse otros lo sacaba de quicio.

-No es justo -le dijo a Dios mientras volvía a casa en el auto-; después de haber invertido tanto tiempo y dinero en Tu obra, ¿ahora me haces esto?

Varios meses después, el director del orfanato de la China estaba de permiso en

los Estados Unidos. Quería visitar las iglesias que contribuían a su mantención en China y un día se presentó en la pequeña iglesia de mi abuelo en Chicago, para pronunciar unas palabras. El misionero comenzó dando gracias a los feligreses por su fiel contribución al mantenimiento de su orfanato.

-Y ante todo -acotó-, no puedo dejar de agradecerles los anteojos que enviaron el año pasado. Los comunistas habían arrasado el orfanato, destruyendo cuanto encontraron. No perdonaron ni mis lentes. No sabía qué hacer. Aunque tuviera el dinero para conseguirme otros, no tenía dónde. Aparte de que no veía bien, todos los días sufría dolores de cabeza y mis colaboradores y yo no parábamos de orar por una solución. Entonces llegaron las cajas que nos mandaron para Navidad. Cuando mis ayudantes las abrieron, encontraron un par de anteojos en una de ellas. El misionero hizo una larga pausa en su exposición para que sus palabras tuvieran un mayor impacto. Luego, todavía embargado de emoción, prosiguió:

-Me los probé, ¡y parecía que me los hubiera recetado el oculista! Gracias por haberlo hecho posible.

Los fieles escucharon encantados el testimonio de las gafas milagrosas. Pensaban que el misionero se habría confundido de iglesia; sería otra la que se las había mandado. En la lista de artículos enviados no figuraban anteojos.

Mientras tanto, sentado en silencio en una de las últimas filas, un sencillo artesano de la madera comprendió que, de un modo extraordinario, había realizado un trabajo para el Maestro Carpintero.

¿No es una maravilla ver la mano de Dios en acción? Para los que aman a Dios hasta lo aparentemente malo se convierte en bendición, aunque no siempre se hace tan evidente como en este caso.

Ya sé lo que dice la corteza de la manzana, mientras seguía empacando resaca. Que se ha enterado del problema que tenemos en la capilla nueva. Que es el mejor carpintero de todo Nuevo México. Que es capaz de construir una escalera hasta la galería del coro, a pesar de que el ingenioso arquitecto de París que trazó los planos se

EN NAVIDAD

En Navidad —temporada
de dar, de compartir,
de vivir y de amar,
de recordar y velar—,
nuestros pensamientos
tienden un puente
sobre el espacio que
quisiera separarnos.
Restablecen la calidez
de Tu presencia
a nuestro lado.

Que toda la tierna magia
de la Navidad conspire
para alegrarnos el corazón
y hacer realidad
nuestros deseos.

Harold Benn

LA ESCALERA MILAGROSA

Aquella fresca mañana en diciembre de 1878, el sol cubría con un tapete color ámbar las polvorientas calles y las casas de adobe en la ciudad de Santa Fe, Nuevo México y resplandecía sobre el tejado de la capilla de Nuestra Señora de la Luz, ya casi terminada, tal como se veía desde las ventanas del convento y colegio de las Hermanas de Loreto. En el interior del monasterio, la madre superiora -que hacía su maleta- levantó la mirada al oír que llamaban a su celda.

-Ha venido otro carpintero, madre- dijo la hermana Francisca Luisa, con cara de disculparse-. Le dije que usted está marchándose y no tiene tiempo de verle, pero él dice que...

-Ya sé lo que dice la cortó la madre Magdalena, mientras seguía empacando resuelta-. Que se ha enterado del problema que tenemos en la capilla nueva. Que es el mejor carpintero de todo Nuevo México. Que es capaz de construir una escalera hasta la galería del coro, a pesar de que el ingenioso arquitecto de París que trazó los planos se

olvidó de dejar espacio para ella; y a pesar de que cinco maestros carpinteros ya lo han intentado sin éxito. Tienes toda la razón, hermana. No tengo tiempo de escuchar otra vez la misma historia.

-Pero parece un señor muy simpático -dijo pensativamente la hermana Francisca Luisa-. Está esperando afuera con su burro y....

-No me cabe duda -dijo la madre Magdalena con una sonrisa- de que es un señor muy agradable y de que su burro también es muy simpático. Pero hay indios enfermos en el pueblo de Santo Domingo y es posible que sea cólera. La hermana María Elena y yo somos las únicas del convento que hemos tenido cólera, así que tenemos que ir. Y tú tendrás que quedarte para dirigir el colegio. ¡Lo siento!

Dicho esto llamó a Manuela. Una muchacha india de 12 ó 13 años. Sonriendo Manuela entró con sus silenciosos mocasines. Era muda. Oía y entendía, pero las monjas no habían conseguido enseñarle a hablar. La madre superiora le pidió de buenos modos:

-Lleva mis cosas a la carreta niña. Voy enseguida.

Volviéndose a la hermana Francisca Luisa, añadió:

-Dile al carpintero que vuelva en dos o tres semanas y entonces lo recibiré.

-¡Dos o tres semanas! Para Navidad ya habrá vuelto, ¿no?

-Si Dios quiere, hermana. Espero que sí.

En la calle, más allá de la carreta que la esperaba, la madre Magdalena vio al carpintero. Era barbudo, de una constitución más fuerte que la mayoría de los mexicanos, ojos negros y la piel de la cara curtida por el viento. Sonreía. A su lado, cargado de herramientas y tablas, estaba un paciente pollino gris. Manuela le acariciaba el hocico mientras miraba tímidamente al amo del jumento.

-Explíquele -dijo la madre superiora a la hermana Francisca Luisa- que la niña le oye pero no puede hablar.

La despedida fue rápida, es lo mejor cuando uno se va de una casa que quiere. Luego partieron en dirección sudoeste, por la polvorienta senda; las montañas se veían moradas por la sombra y a lo lejos, el río Grande parecía una cinta verde. La carreta

avanzaba despacio, pero la madre Magdalena y la hermana María Elena se entretenían cantando y recordando anécdotas navideñas, mientras el sol se elevaba en el cielo, para luego perderse en el horizonte. El cochero escuchaba y asentía con la cabeza.

Al cabo de dos días llegaron al pueblo de Santo Domingo y descubrieron que el supuesto mal del cólera, era sarampión. Se quedaron allí ayudando al padre Sebastián en sus visitas a las oscuras chozas de adobe, para atender a los niños con fiebre.

Por las noches se sentían cansadas, pero a veces la madre Magdalena tenía tiempo de hablar con el padre Sebastián sobre sus planes para la dedicación de la nueva capilla. Sería en abril. Podría ser antes, sino fuera por el problema de que no había forma de acceder a la galería del coro, como no fuera con una escalera de mano.

-Ya le dije al obispo -explicó la madre Magdalena- que sería un error hacer los planos en París, que si algo salía mal ¿qué haríamos? Pero él quería que nuestra capilla de Santa Fe, fuera una réplica de la Sainte Chapelle de París, y ¿quién soy yo para discutir con el obispo Lamy? Y el talentoso

monsieur Mouly diseña una galería preciosa para el coro allá arriba, debajo del rosetón y no hay forma de subir.

-Tal vez -dijo suspirando el padre Sebastián- estaba pensando en coros celestiales, de cantores alados.

-No es ningún chiste -dijo con cierta brusquedad la madre Magdalena-. He rezado mucho, pero no veo ninguna solución. Es que no hay espacio en el suelo de la capilla para colocar los soportes que necesitaría la escalera.

Pasaron los días y cada vez estaba más cerca la Navidad. En dos ocasiones, jinetes que iban de Santa Fe a Albuquerque, le llevaron cartas de la hermana Francisca Luisa. Todo iba bien en el convento, pero ciertos párrafos provocaron el recelo de la madre Magdalena: «Las niñas están preparándose para la Navidad», decía la primera de las cartas. «Manuela y el carpintero se han hecho muy amigos. Parece mentira la de cosas que él sabe de todas nosotras...»

-¿Qué estará haciendo allí todavía el carpintero?, -pensó la madre Magdalena.

La segunda carta también hablaba del

carpintero: «Cada mañana se presenta con una nueva carga de madera y por la noche se va. Cuando le preguntamos quien le ha autorizado a hacer el trabajo, se queda callado y sonrío. Hemos intentado pagarle su trabajo, pero no acepta paga...»

¿Trabajo? ¿Qué trabajo? La madre Magdalena puso cara de impaciencia. ¿Le habría dado permiso la hermana Francisca Luisa, que era tan blanda de corazón para trabajar en la nueva capilla? Con un ademán firme y desaprobador, la madre superiora escribió una carta ordenando el fin de la obra de carpintería y se la entregó a un alfarero indio que se dirigía a Santa Fe.

Aquella noche sin embargo, cayó la primera nevada, tan intensa que obligó al indio a regresar. Al comienzo de la tarde siguiente, el sol volvió a brillar sobre los campos, que destellaban como diamantes. La madre Magdalena sabía que si nevaba de nuevo le sería imposible regresar para Navidad.

Los habitantes de Santo Domingo ya estaban recuperándose y aquella misma tarde, las monjas emprendieron el largo camino de regreso.

Efectivamente, volvió a nevar y eso hizo que avanzaran más lentamente aún. Era cerca de medianoche en la víspera de Navidad, cuando los caballos llegaron a la puerta del convento. Las luces todavía estaban encendidas. Manuela bajó corriendo las escaleras, seguida de cerca por la hermana Francisca Luisa. A pesar de lo cansada que estaba y del frío que sentía, la madre Magdalena experimentó de repente una agitación, una emoción que llenaba el ambiente y que no alcanzaba a comprender.

Tampoco entendió cuando la condujeron por el pasillo, todavía envuelta en gruesos abrigos, hasta la capilla -aún sin inaugurar- en la que había algunas velas encendidas.

-Mire madre -dijo la hermana Francisca Luisa en voz baja-, ¡mire!

Como una voluta de humo se alzaba ante ellas una escalera de caracol, tan etérea como un sueño. La base descansaba en el piso de la capilla y el extremo superior daba a la galería del coro. No había nada que la sustentara, parecía flotar en el aire. No tenía barandilla. Daba dos vueltas completas y su

pulida madera centelleaba a la luz de las velas.

Tiene treinta y tres escalones -dijo bajito la hermana Francisca Luisa- uno por cada año de la vida del Señor.

La madre Magdalena avanzó hacia la escalera como si estuviera en trance. Puso un pie en el primer peldaño, luego en el segundo, en el tercero... La madera no se estremeció bajo sus pies. La madre superiora bajó la vista perpleja y vio que Manuela miraba hacia arriba extasiada.

-Pero... ¡esto es imposible! -exclamó-. ¡Si no había tiempo para construirla!

-Terminó ayer -dijo la hermana-. Hoy no vino. Nadie lo ha visto en Santa Fe. Se fue.

-Pero ¿quién es? ¿Ni siquiera saben cómo se llama?

La hermana meneó la cabeza indicando ignorancia, pero Manuela dio un paso al frente asintiendo enfáticamente con la cabeza. Abrió la boca y respiró honda y sonoramente, emitiendo un sonido que pareció un grito sofocado en medio del silencio. Las monjas la miraron pasmadas. Manuela lo intentó de nuevo. Esta vez le salió una sílaba seguida de otra: «Jo-sé». Aferrándose al brazo de la madre superiora, repitió la primera palabra que

había pronunciado en su vida:

-¡Jo-sé!

La hermana Francisca Luisa se santiguó. A la madre Magdalena le dio un vuelco el corazón. José, José el carpintero. José el maestro artesano de...

-¡José!

Los ojos de Manuela estaban bañados en lágrimas. Las tres permanecieron inmóviles. A lo lejos desde el otro extremo de la nevada ciudad, se oyó una campana que daba las doce. La madre Magdalena descendió y estrechó la mano de Manuela. Se sentía maravillada y conmovida por una repentina sensación de gratitud, compasión y amor; y comprendió de qué se trataba. Era el espíritu de Navidad que había descendido sobre las tres.

Lo hermoso de las leyendas es la forma como se van añadiendo a ellas nuevos elementos. Con el paso de los años se cuentan una y mil veces y cada vez se embellecen más con algo nuevo. Este relato es desde luego una muestra de ello. No obstante toda leyenda tiene una base de verdad; y en este caso, el hecho irrefutable que da pie a la leyenda, es la escalera en sí

que no tiene explicación.

Todavía puede verse la escalera en Santa Fe. Se yergue tal como se irguió cuando la capilla fue consagrada hace un siglo. Lo único diferente es la barandilla que fue añadida más tarde. Los turistas la contemplan y se quedan maravillados. Los arquitectos menean la cabeza exclamando: «¡Imposible!» Se desconoce quién la diseñó y construyó. Lo único que saben las hermanas es que tenían ese problema y que imploraron la ayuda del cielo.

-Entonces apareció de la nada un hombre con un burro y unas pocas herramientas; y construyó la hermosa escalera de caracol, para luego desaparecer sin dejar rastro, -cuenta la guardiana de la capilla de Nuestra Señora de la Luz.

Los treinta y tres escalones dan dos vueltas completas y la escalera no tiene soporte central. Tampoco tiene clavos, todo está ensamblado con clavijas de madera. Los largueros curvos están unidos con una precisión exquisita; la madera está empalmada en siete puntos por la cara interna y nueve por la externa; y se dice que es de una variedad dura de abeto, que no se

encuentra en Nuevo México. En los archivos del colegio no consta que se pagara jamás la construcción de la escalera.

¿Quién es real y quién es ficticio en esta versión de la historia?

La madre María Magdalena fue en efecto la primera superiora. Llegó a Santa Fe en 1852 tras un viaje en barco por el río, seguido de un trecho en carreta. También es cierto, que estaba a las órdenes del obispo J.B. Lamy. Y monsieur Projectus Mouly de París fue desde luego el distraído arquitecto.

¿Y la hermana Francisca Luisa? Seguro que existió alguien como ella. ¿Y Manuela la muchacha india, surgió de la nada para adornar el relato o fue parte del milagro?

¿Y el carpintero? Ah, sabe Dios...

UN NIÑO LOS PASTOREARÁ

Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua; y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. (Lucas 2: 41-52)

EL TREN DE LA NUEVA MAMÁ

¿Puede haber algo más horrendo que la guerra? La guerra lo destruye todo. En una guerra nadie gana. ¡Todo el mundo pierde algo! La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) fue la peor y más terrible de la historia hasta la fecha. En ella perdieron la vida más de 45 millones de personas, ciudades enteras fueron destruidas en bombardeos y países enteros arrasados. Sin embargo, a pesar de lo terrible que es la guerra, Dios cuida de Sus hijos.

Capítulo 1: Vienen los rusos

Nuestro relato comienza en noviembre de 1944 en la histórica ciudad de Viena, capital de Austria, que estaba en poder de los nazis alemanes.

La familia acababa de desayunar y papá todavía estaba sentado a la mesa, leyendo el periódico. Mamá estaba recogiendo la mesa, mientras Erich y María se preparaban para ir al colegio.

—¿Cómo tienes la espalda hoy, papá?
—preguntó María.

—**M**ucho mejor, hijita. En un par de semanas podré volver a trabajar —contestó papá con una sonrisa.

—¿**Q**ué dicen hoy las noticias? —preguntó Erich, observando las fotos de la guerra en primera plana.

—¡**P**arece que esta guerra tan terrible está tocando a su fin! —respondió papá esperanzado—. Los nazis de Hitler han ocupado nuestro país durante seis largos años. Es posible que ahora consigan por fin echarlos.

—¿**Q**uién los va a echar, papá? —preguntó María, un tanto sorprendida.

—¡**E**l ejército ruso avanza hacia aquí desde Hungría! Ya está a pocos kilómetros de Viena —contestó, con tono de preocupación en la voz.

—¿**V**an a liberar a Austria? —preguntó Erich.

—¿**Q**uién sabe? —respondió papá encogiéndose de hombros—. Los rusos son comunistas que no le tienen mucho cariño a Dios. Tal vez serán peores que los nazis. Lo más probable es que cuando lleguen aquí, haya enfrentamientos.

—¡**N**o se preocupen! —dijo mamá

entonces—. Pase lo que pase niños, las cosas están todavía en manos de Dios y Él lo solucionará todo. ¡Hagamos una oración antes de que salgan para el colegio!

Todos inclinaron la cabeza y le pidieron al Señor que se hiciera Su voluntad ese día. Luego los niños se despidieron de sus padres con un beso y corrieron a la escuela.

Capítulo 2: El bombardeo

Súbitamente, el aire fue rasgado por las sirenas que avisaban de un bombardeo inminente. Las negras sombras de los aviones rusos no tardaron en atravesar la ciudad, seguidas de inmediato por el temible estampido de las bombas: ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

—¡Los rusos bombardean la ciudad! —gritó el maestro a los niños—. ¡Rápido! ¡Todos debajo de los pupitres!

Durante media hora, no se oyó otra cosa que el estallido de los proyectiles y las sirenas de alarma. Finalmente, el bombardeo cesó y las sirenas callaron.

—Parece que pasó el bombardeo, niños —dijo el profesor, saliendo de debajo de su

inmenso pupitre de madera—. De todos modos, vamos a cerrar hoy el colegio temprano, porque puede que les resulte un poco difícil volver a casa con la confusión. Que Dios los proteja, niños.

Una vez en la calle, Erich se volvió a María y le dijo:

—Me dio la impresión de que el ruido de algunas explosiones venía de nuestro barrio. Espero que no cayera una bomba en nuestra casa.

—¡Corramos! —dijo María, mientras apretaba el paso en dirección a su casa.

De pronto, un camión de bomberos y una ambulancia pasaron a gran velocidad, haciendo resonar sus sirenas, por lo que Erich y María tuvieron que hacerse a un lado a toda prisa.

—¡Van en dirección a donde vivimos nosotros! —dijo Erich mientras los dos comenzaron a correr—. ¡Mira, se ve mucho humo! ¡Y la gente corre por todas partes!

Al doblar la esquina, vieron las humeantes ruinas de su casa, aún en llamas.

—¡Oh no, María! ¡Cayó una bomba en casa!

—Quiera Dios que papá y mamá estén

bien —dijo María con voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

Un bombero que echaba agua sobre las ruinas gritó a los niños mientras se aproximaban:

—¡Atrás, niños! Es peligroso estar aquí. ¡Váyanse corriendo a casa!

—¡Nuestra casa es ésta! —dijo Erich angustiado.

Capítulo 3: Extranjeros y peregrinos

Lleno de compasión, el bombero interrumpió por un momento lo que hacía y les dijo:

—¡Cuánto lo siento! Será mejor que hablen con ese señor.

Y señaló a Herr Fichtberger, que se encontraba hablando con un agente de policía.

Los niños corrieron a preguntarle:

—Perdone, Herr Fichtberger, ¿ha visto a nuestros padres?

Con expresión confusa, respondió:

—¡Erich y María! ¡Gracias a Dios que están sanos y salvos!

Y volteándose al policía, añadió:

—Aquí están los niños, agente. Les voy a explicar lo que pasa.

—Sí, haga lo que pueda —repuso el agente—. ¡Gracias!

Y volviéndose a Erich y a María, añadió:

—Quédense con este señor hasta que solucionemos esto. Y ahora, si me perdonan, tengo que irme. Mucha gente necesita ayuda.

—Niños, tendrán que quedarse en mi casa esta noche hasta que encontremos una para ustedes —dijo el anciano Fichtberger.

—¿Dó... dónde están nuestros padres? —preguntó Erich, mirando ansioso a su alrededor—. ¿Están en su casa?

A María ya se le habían saltado las lágrimas.

—Erich, María... tengo que darles una mala noticia. Este... sus padres murieron en el bombardeo —explicó el anciano Fichtberger con gran dificultad.

—¿Papá y mamá murieron? ¿Está seguro? ¿Los vio? —preguntó María, esperando que el anciano se hubiera equivocado.

Con expresión de tristeza, Fichtberger

respondió:

—¡Sí, lo siento! Murió mucha gente. Vengan a mi casa.

La casa donde vivía el Señor Fichtberger con su señora ya estaba llena de amigos y parientes que habían acudido en busca de refugio. A pesar de todo, pudieron hacerles un poco de sitio a Erich y María y les dieron una manta. Después de derramar muchas lágrimas y tomar un plato de sopa caliente, los niños por fin se durmieron.

Más tarde, el Señor Fichtberger dijo a su esposa:

—Qué lástima que no puedan quedarse, ¡pero es que ya tenemos a tanta gente sin hogar aquí!

—¿Podrían ir a casa de algún amigo o pariente de sus padres? —preguntó Frau Fichtberger.

—No conozco a nadie que pueda acogerlos —contestó su marido con tono apesadumbrado—. Hace bastantes años que vinieron de Suiza. Creo que no tienen ningún familiar en Austria. Tendremos que llevarlos al orfanato por la mañana.

—¡Qué pena! —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. ¡Pobres huerfanitos!

Capítulo 4: La vida en el orfanato

El orfanato era un edificio viejo y gris rodeado de una alta tapia. Estaba lleno hasta rebosar de cientos de niños solos, descorazonados y sin casa, huérfanos de padre y madre. Erich estaba en el ala de los niños y María en la de las niñas. Todos los días se veían en el patio y aprovechaban para hablar y rezar juntos. Habían pasado varias semanas.

—¿Cómo te sientes hoy, María? —le preguntó Erich mientras corría hacia ella.

—Creo que bien —respondió María—, pero a veces me pongo triste. Me acuerdo de papá y mamá y me gustaría que todavía vivieran.

Mientras lo decía, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Yo también! —dijo Erich mientras le ponía su brazo sobre los hombros para consolarla—. ¡Pero no olvides que ahora están donde no existe el dolor ni la guerra! No deberíamos sentir pena por ellos.

María se enjugó las lágrimas y procuró

tener una actitud más alegre.

—**S**í, claro, tienes razón —le dijo a Erich.

—**¡**Yo estoy muy contento de haber tenido unos padres tan buenos que nos enseñaron amar a Dios y Su Palabra! —dijo Erich, asumiendo una verdadera postura de fe—. Nosotros por lo menos tenemos a Jesús y sabemos que Él nos va a ayudar y cuidar. La mayoría de los otros huérfanos no tienen ninguna esperanza.

Aquellos trágicos acontecimientos habían convertido a Erich en un muchacho maduro y un auténtico soldado de la fe.

—**¿**Cuánto tiempo vamos a tener que estar aquí, Erich? —preguntó María.

—**N**o lo sé. Me he enterado de que los alemanes están empezando a marcharse de Austria y dentro de poco llegarán los rusos y tomarán la ciudad.

—**E**rich, ¿qué va a pasar con nosotros? —preguntó María preocupada.

—**S**i rezamos, a lo mejor nos adopta alguna persona buena —contestó Erich.

—**¿**Cómo se hace eso? —preguntó María.

—**M**ira, muchas veces vienen al orfanato

personas que no tienen niños, escogen uno y se lo llevan a su casa para que viva con ellos como si fuera su hijo. Eso se llama adoptar.

—¿Y si viene alguien que sólo quiere llevarse a uno de nosotros?

—¡Pues no me iría con ellos! ¡Tienen que llevarnos a los dos! —dijo Erich con voz que denotaba determinación.

—¡Yo tampoco me voy a ir con nadie sin ti! —exclamó María.

—¡Será mejor que recemos ya, María! —dijo Erich—. Ya va a ser la hora de entrar y seguro que papá y mamá no quieren que dejemos de rezar, pase lo que pase.

—Cuando llegué, muchas de las niñas de mi dormitorio no sabían rezar. Les conté las historias que recordaba de la Biblia, y ahora muchas aman a Jesús y rezamos juntas por la noche —dijo María, esbozando una ligera sonrisa, feliz de haber podido mejorar las cosas en su rinconcito del mundo.

—Algunos de los niños pertenecían a grupos juveniles nazis —explicó Erich— y se enojan conmigo porque hablo de Jesús, pero tengo dos amigos que desean que les enseñe todos los versículos de la Biblia que conozca. Eso me ayuda a repasarlos. Recemos ya,

antes que toquen el silbato para que entremos. Empieza tú, María.

—Gracias por guardarnos a Erich y a mí, Jesús. Ayúdanos a ser fuertes, aunque ya no tengamos a papá y mamá. Y haz que nos adopten las personas que Tú quieres —rezó María.

Erich prosiguió:

—Gracias Jesús, por mi hermanita María que es tan linda. Guárdanos y protégenos; sabemos que nos amas, que nos cuidarás y que de alguna manera harás que encontremos una nueva familia en la que podamos estar juntos. ¡Amén!

Capítulo 5: Unos pocos escogidos

En ese momento sonó el silbato, llamando a todos los niños a ponerse en fila frente a la puerta principal. Frau Hubhofer, que era una mujer delgada y de aspecto frágil, pero que obviamente era la jefa, subió a los peldaños de la entrada para hacer un anuncio. Erich y María corrieron a ponerse en fila.

Una de las encargadas dijo a los niños:

—Todos rápido a sus puestos y en silencio. Escuchen niños: ¡Frau Hubhofer va

a hacerles un anuncio muy importante!

Una vez que todos los niños estuvieron en silencio, Frau Hubhofer les dijo:

—Como todos ustedes saben, este orfanato está muy lleno. En nuestra ciudad hay 260.000 personas que se han quedado sin hogar y muchos han muerto en esta espantosa guerra. Cada vez llegan más niños, y no tenemos sitio para tantos. Sin embargo, unas personas muy amables de Suiza se han ofrecido a adoptar a algunos de ustedes. Pasado mañana saldrá un tren especial que los llevará allá. Fräulein Breitner los acompañará. El tren se detendrá en todas las estaciones, donde haya personas que quieran adoptar niños. Los que sean adoptados se quedarán con sus nuevos padres y el tren seguirá con los demás hasta la siguiente estación.

—Ahora bien —prosiguió—, no los vamos a poder mandar a todos en ese tren. Voy a colocar en la pizarra de anuncios la lista de los que irán, así que cuando vayan entrando, miren todos a ver si su nombre está en la lista y los que sí están, que recojan sus cosas y se preparen para salir mañana por la

mañana.

Erich y María tardaron un tiempo en abrirse paso entre la muchedumbre de niños, que se arremolinaba frente a la lista en busca de sus nombres. Erich la leyó otra vez para asegurarse y luego exclamó:

—¡María! ¡Nuestros nombres no están en la lista! ¡Pero yo sé que Jesús quiere que vayamos en ese tren! ¡Vamos a hablar con Frau Hubhofer! —dijo, mientras hacía una seña a María para que le siguiera.

Erich se acercó a la directora, que todavía estaba en el pasillo, hablando con Fräulein Breitner, la joven que acompañaría a los niños en el tren.

—Perdone, Frau Hubhofer —le dijo—. Nuestros nombres no están en la lista, pero... nos gustaría mucho ir en ese tren.

—Comprendo que estén decepcionados —respondió Fräulein Breitner—, pero sólo se nos permite enviar cierto número de niños y además, ni siquiera es seguro que todos los niños que vamos a enviar vayan a encontrar familia.

La directora se quedó mirándolos por un momento. Mientras tanto, Erich oró en silencio por un milagro.

Entonces Frau Hubhofer dijo a la señorita que habría de acompañar a los niños:

—Veamos... Fräulein, en la lista hay dos niños que no podrán ir porque en este momento se encuentran bastante enfermos.

Fräulein Breitner vaciló:

—Bueno, pero no, porque en ese caso...

De pronto, cambió de parecer:

—Está bien, pueden ir ustedes en su lugar. No sé por qué lo hago, porque hay otros que llevan más tiempo esperando que ustedes, pero algo me dice que debo dejar que vayan.

—¡Gracias! —exclamaron María y Erich muy contentos, disculpándose a continuación para ir a despedirse de sus amigos y recoger sus cosas.

Capítulo 6: Viajeros al tren

Erich, María y los demás niños hicieron sus maletas y estaban muy entusiasmados la mañana que iban a partir. Un ómnibus fue a recogerlos y llevó a todos a la concurrida estación del ferrocarril. Conducidos por Fräulein Breitner, los niños salieron al andén, donde los esperaba un tren extraordinario al

que habían bautizado con el nombre «Tren de la nueva mamá».

—¡Qué milagro! —exclamó Erich—. Vamos a subir al tren y dentro de poco tendremos una nueva familia.

Erich estaba muy contento, esperando con ilusión la aventura de aquel viaje. María, por su parte, estaba un poco preocupada.

—Erich —dijo por fin—, ¿qué pasará si nadie nos quiere adoptar a los dos? Yo no me quiero separar de ti.

—No te preocupes, María —la tranquilizó Erich—. Jesús manda a sus ángeles que nos cuiden, porque lo amamos. Él lo arreglará todo, estoy seguro.

Todavía un poco insegura, María continuó:

—Es que oí decir a uno de los supervisores que no hay casi nadie que quiera ni siquiera a un niño. ¡Sería un milagro que alguien nos recogiera a los dos!

—¡Me acuerdo de un versículo que me enseñó Mamá! —contestó Erich—. «¡He preparado lugar para vosotros, para que donde yo estoy, tú también estés!» (Jn. 14:3)

Un empleado de la compañía de ferrocarriles se acercó a examinar la lista.

Fräulein Breitner anunció:

—¡Presten atención, niños! Pónganse aquí en fila y a medida que vayan subiendo al tren, digan su nombre a este señor, que va a pasar lista y comprobar que están apuntados.

Cuando pasaron junto a él, María y Erich le dijeron a aquel señor cómo se llamaban.

—¡Un momento! —les dijo él, examinando seriamente la lista—. ¡Aquí no están los nombres de María y Erich Schmidt!

A los niños les dio un vuelco el corazón. Fräulein Breitner dijo:

—Es que están viajando en lugar de otros dos huérfanos, que estaban demasiado enfermos para viajar. No tuvimos tiempo de escribir una lista nueva a máquina y...

—Lo siento, Fräulein, pero no podemos dejarles salir de Austria sin la debida autorización —dijo el funcionario categóricamente.

Tanto María como Erich estaban pidiendo a Jesús que aquel señor los dejara pasar.

Fräulein Breitner no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

—Pero, mire... —insistió.

—¡Perdone, señorita, pero las reglas son las reglas! Estos niños no pueden salir del país

—dijo el funcionario con voz firme.

—¡Mire, son niños muy buenos, de una buena familia cristiana! —prosiguió Fräulein Breitner—. ¡Han rezado mucho por que Dios les dé nuevos padres! ¡Se lo ruego!

—¿Una familia cristiana, dice? —preguntó el funcionario un tanto sorprendido.

Dándose cuenta de que había algún problema, un oficial nazi se acercó y preguntó:

—¿Pasa algo?

El funcionario de ferrocarriles se quedó pensativo un momento y entregando la lista a Fräulein Breitner, dijo:

—No, todos los papeles están en regla. Tengan la bondad de subir al tren.

Erich notó una mirada comprensiva en el funcionario y le sonrió agradecido.

Capítulo 7: El largo viaje

Poco después, el tren salía de la ciudad.

—¡Mira cuántos edificios se han quemado, Erich! —comentó María—. ¡Qué pena!

—Han sido las bombas —explicó Erich—. Cuando explotan, lo destrozan todo. ¡Los rusos deben de estar ganando! Qué

triste... pero por otra parte estoy contento, porque nos vamos.

—Yo también —dijo María—. ¡Estoy impaciente por ver quién nos va a adoptar!

A medida que avanzaba el tren y se acercaban a una nueva familia y una nueva vida, aumentaba su emoción. Por fin, llegaron a la frontera suiza y los agentes de la aduana subieron al tren y comenzaron a pedir la documentación a los pasajeros. Mientras el agente avanzaba lentamente por el pasillo examinando la lista de nombres, Erich tomó la mano de María e hicieron una oración en silencio:

—Jesús ayúdanos. Nuestros nombres no están en la lista, pero haz que no se den cuenta.

Al llegar a Erich y María, el agente se detuvo y les preguntó:

—¿Y cómo se llaman ustedes?

Erich y María se disponían a responder, cuando otro agente gritó a su compañero desde la puerta del vagón:

—Friedrich, ¿por qué te demoras tanto? ¡Este tren está atrasado! ¡Tiene que salir ya!

Erich y María dieron un respiro de alivio

y dieron gracias a Dios mientras el agente devolvía la lista y salía a toda prisa del tren, que momentos después reemprendió su marcha. Por fin, entró haciendo mucho ruido en la primera estación en que tenía previsto parar. El andén estaba lleno de personas cuyos rostros reflejaban esperanza y curiosidad, ansiosas por ver a los niños que viajaban en el tren y llevarse tal vez alguno a casa. El letrero de la estación decía «Sankt Gallen».

Fräulein Breitner repasó nuevamente las instrucciones que tenían los niños:

—Cuando el tren se detenga, salgan todos y pónganse en fila para que los vea la gente que quiere adoptar niños. Estén lo mejor presentables posible. ¡Sonrían y pongan buena cara! Los niños que sean adoptados en esta ciudad se irán a su nueva casa con sus padres adoptivos. Los que no sean adoptados subirán de nuevo al tren y éste proseguirá hasta la próxima estación en que tenga prevista parar.

Un poco preocupada, María le dijo a Erich:

—¡Tengo miedo!

—¡Yo también! —dijo Erich—. Pero Dios

nos ayudará. ¡Vamos!

En el andén, un matrimonio mayor se detuvo ante María.

—Aquí hay una niña más o menos de la edad que queremos, mi amor. ¿Cómo te llamas, guapa?

—María... y este es mi hermano Erich. ¡Los dos vamos juntos! —consiguió decir.

—¡Vaya, qué pena! Sólo tenemos lugar para uno. A lo mejor podemos escoger a esa niña que está ahí, Karl —dijo la señora mientras avanzaba.

A María se le saltaron las lágrimas.

—No nos quieren a los dos juntos, Erich —dijo.

—¡No importa! —le respondió Erich con voz tranquilizadora—. El tren parará en muchas otras estaciones. Seguro que Jesús ya tiene en algún sitio a una familia que nos va a recoger.

Capítulo 8: Lágrimas en cada estación

A lo largo del día, el tren hizo muchísimas paradas. Muchos de los niños fueron adoptados y encontraron nueva familia. María, Erich y algunos otros niños cansados y

desanimados siguieron esperando a ver si en la siguiente parada alguien los recogería. Fräulein Breitner hizo todo lo posible por animar a los niños a ser valientes y seguir sonriendo, recor-dándoles que la gente quiere tener niños felices, no tristes. A veces no parecía que se fijara nadie en ellos, y los que sí se fijaban sólo querían a uno nada más, o por el motivo que fuera, escogían a otros niños. En la penúltima estación, un señor tenía mucho interés en llevarse a Erich para que trabajara con él en el campo, pero él se negó a abandonar a su hermanita. Fräulein Breitner y algunos otros estaban un poco molestos porque Erich y María no querían separarse por nada del mundo. Al final llegaron a la última estación. Nuestros amigos todavía no habían perdido la esperanza que los adoptarían.

—¡Es su última oportunidad, niños! —dijo Fräulein Breitner mientras se apeaban del tren.— Erich y María, les prohibo que se pongan juntos.

Erich abrazó llorando a María y le dijo:

—María, te quiero mucho. No quiero separarme de ti. ¡Jesús, escucha nuestra oración; ayúdanos!

Capítulo 9: La última estación

Esperaron al lado del tren, pero nadie se detuvo siquiera a hablar con ellos. Finalmente, sonó el pito del tren: ¡Píiiiiiiiií! ¡Se acabó! Ahora el tren regresaría a Austria. Erich y María se volvieron silenciosos y tristes para subir al tren. En ese momento, una señora menuda y simpática, Frau Tandler, se detuvo por un momento delante de María y sonrió. María estaba triste, pero devolvió la sonrisa.

—**Me** gustaría llevarte conmigo, simpática —le dijo—, pero mi marido sólo quiere un niño. Tú te pareces a alguien que yo conocía.

La señora Tandler pasó ante otros niños que estaban en la fila y se detuvo delante de Erich.

—¿**Cómo** te llamas? —le preguntó.

—**Erich** Schmidt, para servirle —contestó.

—**Me** gustas. ¡Eres precisamente lo que quiere mi esposo! Me dijo: «¡Trae a un niño fuerte y rubio!» No tenemos niños, Erich. ¿Te gustaría vivir con nosotros?

—**Sí** señora —repuso Erich—. Pero tengo una hermanita y nos gustaría muchísimo seguir juntos. Le hemos pedido al

Señor que alguien nos recoja a los dos.

—¿Se lo han pedido a Dios? —preguntó la señora, sorprendida.

—¡Sí señora! —contestó Erich.

—No tenemos mucho tiempo, Erich. ¿Cuál es tu hermana?

—Erich señaló a María.

—¡Oh, es la niña cuya cara me resultaba familiar!

El jefe de tren hizo la última llamada para que todos subieran a bordo.

—¡Llévenos a su casa, por favor, a los dos! —le suplicó Erich.

En ese momento se oyó el silbido agudo del tren: ¡Píiiiiiiiií!

—Jesús, ayúdame a explicárselo a Hans cuando llegue a casa —rezó la señora Tandler—. Vamos, niños. ¡Firmaré los papeles y los llevaré a conocer a su nuevo papá!

Capítulo 10: Por fin en casa

Llorando de alegría, Erich y María se despidieron de los otros niños y de Fräulein Breitner. Poco después, se encontraban sentados en la sala de una casa muy limpia y

acogedora. Cuando se disponían a sentarse a cenar, regresó Herr Tandler después de un largo día de trabajo. Su esposa se puso rápidamente en pie y fue a recibirlo a la puerta.

—¡Hans, ven para que veas a los niños! —le dijo.

—¿Los niños? —contestó sorprendido—. Pero...

Su esposa prosiguió sin dejarle terminar sus protestas:

—¡Mira Hans, no pude evitar traer a la niña también! ¡Son hermanos y quieren mucho a Jesús!

El Sr. Tandler se quedó mirando por un rato a los niños sin decir palabra.

—¡Qué niños tan preciosos has escogido! ¡Bienvenidos a casa! ¡Hace mucho que los esperábamos!

Señalando a un cuadro de Jesús que había encima de la chimenea rodeado de algunas fotos, Herr Tandler dijo:

—¡Nosotros también amamos mucho a Jesús! Miren, ese cuadro lo pinté yo.

—¡Es precioso! —dijo Erich contemplándolo.

María sonrió mientras miraba el cuadro.

De repente, puso una expresión de asombro y sorpresa y prorrumpió en llanto.

—¡Ohhh! ¡Mira, Erich!

—¡Válgame Dios! ¿Qué pasa? —preguntó la señora Tandler, un poco desconcertada.

—Estará agotada por el viaje en tren —dijo su esposo para tranquilizarla.

—No, Herr Tandler —dijo María—. ¡Es esa foto!

Ahora Erich tenía también los ojos llenos de lágrimas.

—¿Ésta? —preguntó la señora, descolgando una foto de la pared y sosteniéndola en las manos—. Es una foto de mi hermana, que se fue a vivir a Austria hace muchos años.

Tanto Erich como María lloraban ahora.

—No puede ser su hermana, Frau. ¡Es nuestra madre!

La señora se quedó perpleja por un instante.

—¡Misericordioso Jesús!, ¿será posible?... ¡Claro! ¡Ustedes se apellidan* Schmidt, como el marido de ella!

(*) En Austria como también en muchos otros países, al casarse la esposa toma el apellido del esposo.

Entonces le tocó llorar a la señora Tandler.

—¡Son los hijos de mi hermana! ¡Mis propios sobrinos! ¡Qué milagro, Dios mío!

—No cabe duda de que Dios mandó a Sus ángeles que nos los trajeran sanos y salvos. —exclamó agradecido Herr Tandler.

Sin embargo, en aquel momento tan especial nadie podía agradecer más que Erich y María el amor y cuidado milagroso de Dios. «Por la noche durará el lloro, ¡y a la mañana vendrá la alegría!» (Salmos 30:5)

Con lágrimas de alegría en sus ojos todos se dieron un gran abrazo y entonaron juntos «Noche de paz, noche de amor». Era Nochebuena.

EL PARAGUAS

A muchos nos pasa que una Navidad en particular pervive en nuestra memoria, mejor grabada que las demás: aquella en la que el significado de esa fecha se hizo notar de forma más palpable.

Aunque yo no lo sabía en ese momento, mi Navidad más auténtica comenzó seis meses antes, un lluvioso día de primavera hace muchos años. Fue el año más sombrío de mi vida. Tenía veintitantos años, me acababa de divorciar, estaba desempleada y me dirigía al centro a buscar trabajo. No llevaba paraguas, pues el que tenía se me había caído a pedazos de viejo y mi situación económica no me permitía comprarme otro. Subí al tranvía y al sentarme descubrí en el piso un precioso paraguas confeccionado de seda, con el mango plateado incrustado en oro y esmalte. En la vida había visto uno tan exquisito.

Examiné el puño y vi que tenía un nombre grabado en los dorados adornos del mango. Lo normal en estos casos es entregar el objeto hallado al cobrador del tranvía. Sin embargo, tuve el impulso de llevármelo y buscar yo

misma a la propietaria. Cuando bajé, llovía a mares y me alegré de tener el paraguas, pues gracias a él no me mojé. Encontré en una guía telefónica el nombre que figuraba en el mango. Llamé y contestó una señora.

Sorprendida, me confirmó que se trataba de su paraguas, que sus padres —ya difuntos— le habían regalado en un cumpleaños. Añadió que se lo habían robado hacía más de un año en el colegio en que enseñaba. La emoción manifestada por la profesora me hizo olvidar que estaba buscando trabajo y me dirigí a su casa. Cuando tomó el paraguas, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Quiso gratificarme por el hallazgo, pero —a pesar de que mi fortuna personal no excedía los veinte dólares— pensé que aceptar dinero habría agitado la felicidad que la embargaba. Conversamos durante un rato y, aunque no lo recuerdo, debe de ser que le di mi nombre y dirección.

Los seis meses que siguieron fueron difíciles. Sólo encontré empleos esporádicos, que me reportaban un modesto salario. Aun así, siempre que podía apartaba 25 ó 50

centavos con vistas a adquirir regalos de Navidad para mi hijita: tardé seis meses en ahorrar 8 dólares. Mi último contrato expiró el día de Nochebuena. Pronto tendría que pagar el arriendo, que ascendía a 30 dólares y no tenía más que 15. Además mi hija Peggy y yo los necesitábamos para comer. Acababan de darle vacaciones en el internado de monjas y estaba muy ilusionada pensando en los regalos del día siguiente, que ya había comprado. Conseguí también un arbolito e íbamos a ponerle los adornos aquella noche.

En el aire borrascoso resonaban los alegres sonidos navideños mientras me dirigía caminando a mi pequeño departamento. Sonaban campanitas, se oían voces de niños en el atardecer, las ventanas estaban iluminadas y la gente corría y reía. Yo, en cambio, me encontraba casi al extremo de la desesperación, mientras avanzaba penosamente sorteando los montones de nieve. De no suceder un milagro, en enero estaríamos sin casa, sin comida, sin trabajo. Llevaba varias semanas rezando con constancia y por toda respuesta encontraba aquel frío, aquella oscuridad, aquel aire cortante, aquella

esperanza desahogada. Mi hija y yo disfrutamos

sensación de abandono. ¿Se habrían olvidado de mí Dios y los hombres? Me sentía vieja y sola. ¿Qué sería de nosotros?

Al llegar abrí el buzón. No había más que facturas y un par de sobres blancos. Seguro que contenían más facturas. Tras abrir la puerta me quedé parada en la entrada llorando, temblando de frío, pues mi abrigo era muy delgado. Pero hice un esfuerzo por sonreír para poder saludar a mi hijita*, que se abalanzó a mis brazos, gritando de alegría y me propuso que pusiéramos de inmediato los adornos en el árbol de Navidad.

Peggy todavía no había cumplido los seis años. Ufana, puso en la mesa de la cocina unas ollas y las tres latas de conserva que serían nuestra cena. No sé por qué, pero al mirar aquellas ollas y latas, me invadió una profunda tristeza. El día de Navidad no cenaríamos más que hamburguesas y gelatina. Sentí una gran amargura estando parada en aquella fría cocina. Por primera vez

(*) Parece que esta pobre señora dejó a su hija sola en casa cuando se fue a trabajar. Sin duda lo hizo por no poder pagar los servicios de una niñera. Por razones evidentes, como medida de precaución, no deberíamos dejar solos a nuestros niños en casa en ninguna circunstancia. Siempre deberían quedarse al cuidado de algún adulto responsable.

en la vida, dudé de la existencia de Dios y de Su misericordia. Tenía el corazón más frío que un témpano.

En ese momento sonó el timbre. Era un repartidor que venía cargado de grandes paquetes y se rió ante la alegría desbordante de mi hija, parada junto a mí en la puerta. Le dije que se trataba de un error, pero el hombre leyó mi nombre en los paquetes. Efectivamente, eran para mí. Cuando se fue quedé embobada mirando los paquetes. Nos sentamos en el suelo y los abrimos. Había una muñeca tremenda, tres veces más grande que la que yo le había comprado. Guantes. Zapatos para mi hija. Una cartera preciosa de cuero. ¡Increíble! Busqué el nombre del remitente. ¡Era la maestra a quien devolví su paraguas!, y como dirección del remitente únicamente figuraba California, estado al que se había mudado.

La cena de aquella noche nos supo más deliciosa que nunca. Las únicas palabras que brotaron de mis labios por oración fueron:

—¡Gracias, Padre!

Olvidé que no tenía dinero para el alquiler, que apenas tenía 15 dólares en el bolso y estaba desempleada. Mi hija y yo disfrutamos

de la comida en medio de alegres risas.

Después, pusimos los adornos en el arbolito y lo contemplamos encandiladas. Acosté a Peggy, puse sus regalos alrededor del árbol y me invadió una agradable calma, como una bendición. La esperanza había vuelto a nacer en mi corazón. Fui capaz incluso de examinar las facturas sin aterrarme. Abrí entonces los dos sobres blancos. Uno contenía un cheque por valor de 30 dólares, extendido por una compañía para la que había trabajado brevemente en el verano. Adjunta venía una nota, indicando que se trataba de una bonificación por Navidad. ¡Ya tenía con qué pagar el arriendo!

El otro sobre traía una carta que me ofrecía un puesto fijo en un organismo gubernamental, empezando dos días después de Navidad. Me quedé allí sentada con la carta en la mano y el cheque en la mesa. Hasta ese momento, no había vivido un instante más dichoso.

Comenzaron a sonar las campanas de la iglesia. Dirigí una mirada rápida a mi hija, que dormía plácidamente, salí a la puerta y contemplé la calle. La gente me sonreía al

pasar y yo devolvía la sonrisa. Había cesado la borrasca. El cielo estaba despejado, cuajado de estrellas.

«*Ha nacido el Señor*» tañían las campanas en la noche cristalina y la riente oscuridad. Alguien se puso a cantar «*Venid, fieles todos*» y empecé a entonarlo también en la puerta, con los desconocidos que me rodeaban.

—**No** estoy sola —pensé—, en ningún momento lo estuve.

Ese es, por supuesto, el mensaje de la Navidad: que nunca estamos solos. Ni siquiera cuando la noche es más lóbrega, aun cuando el viento sople más helado, ni cuando el mundo se muestre más indiferente. ¡Dios jamás nos olvida!

CENA DE NAVIDAD

La última Nochebuena, un próspero comerciante se dirigía a toda prisa hacia una carnicería antes de la hora de cierre.

—¿A comprar tu pavo para la cena navideña? —le preguntó un amigo.

—No. Salchichas —repuso él.

Enseguida explicó que durante la Gran Depresión de 1929, la quiebra de un banco había acabado con toda su fortuna. Le esperaba una Navidad sin trabajo, sin dinero para regalos y menos de un dólar para comida.

Aquel año él, su mujer y su pequeña hija bendijeron la mesa antes de la cena y comieron salchichas. Para simular las patas, su esposa le clavó a cada salchicha palillos de dientes y las adornó lo mejor que pudo. La niña quedó fascinada y su contagioso deleite esparció dicha entre todos. Después de la cena volvieron a dar gracias por el rato más amoroso y festivo que habían disfrutado jamás.

—Ahora es tradición —dijo aquel señor—: comer salchichas en Navidad, para evocar aquel día feliz en que nos dimos cuenta de que todavía estábamos juntos y que a pesar de no disponer de dinero teníamos algo más valioso: un hogar lleno de amor.

¡LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS!

Querida Laurita:

Hola, querida amiga. Como sabrás, nos estamos acercando otra vez a la fecha de mi cumpleaños. El año pasado hicieron una gran fiesta en mi honor, y me da la impresión de que este año ocurrirá lo mismo. A fin de cuentas, llevan meses haciendo compras y preparándose para ello, ¡y casi todos los días ha habido anuncios y avisos sobre lo poco que falta para que llegue! La verdad es que se pasan de la raya, pero es agradable saber que, al menos un día al año, algunas personas piensan un poco en mí.

Como tú sabes, han transcurrido muchos años desde que comenzaron a celebrar mi cumpleaños. Al principio parecían comprender y agradecer lo mucho que hice por ellos. Pero hoy en día, da la impresión de que casi nadie sabe para qué lo celebran. Por otra parte, me gusta que la gente se reúna y lo pase bien y me alegra que los niños se diviertan tanto; pero aun así, creo que la mayor parte no entiende de qué se trata.

Como lo que sucedió, por ejemplo, el año pasado: al llegar el día de mi cumpleaños,

hicieron una gran fiesta, pero ¿puedes creer que ni siquiera me invitaron? ¡Imagínate! ¡Yo era el invitado de honor! ¡Pues se olvidaron por completo de mí! Habían estado preparándose para las fiestas durante dos meses y cuando llegó el gran día, ¡me dejaron al margen! Lo cierto es que no me sorprendió, porque en los últimos años ha venido sucediendo con frecuencia. Aunque no me invitaron, se me ocurrió colarme sin hacer ruido. Entré y me quedé en un rincón.

Estaban todos bebiendo, riendo y pasándolo en grande y de pronto llegó un viejo gordo vestido de rojo, con una barba blanca postiza, gritando: «¡Jo, jo, jo!» Parecía que había bebido más de la cuenta, pero se las arregló para avanzar a tropezones entre los presentes, mientras éstos lo vivaban. Cuando se dejó caer pesadamente en un sofá, todos los niños, emocionados, se le acercaron corriendo y chillando: «¡Papá Noel! ¡Papá Noel!» ¡Como si él hubiese sido el homenajado y toda la fiesta fuera en su honor!

¡Entonces se puso a contarles un cuento de lo más absurdo! Les dijo que vivía en el Polo Norte con una pandilla de enanitos y que

cada año, cuando llega mi cumpleaños, ¡se monta en su trineo, tirado por unos renos voladores y va por todo el mundo repartiendo regalos entre los niños! ¡Te aseguro que en todo lo que dijo, no había ni una palabra de verdad! ¡Hábrase visto, ponerse a contarles a aquellos pobres niñitos impresionables tan descabelladas fantasías!

Al final tuve que irme. Salí por la puerta, y casi no me sorprendió que nadie notara que me marchaba. Más tarde, caminando por la calle, ¡me sentí solitario y triste como un perro abandonado! No sé si alguna vez me había sentido tan deprimido. Tal vez creas que yo nunca lloro, Laurita, pero aquella noche lloré.

Por eso me llegó tan hondo que, al pasar por tu casa aquella noche, ¡tú y tu familia me invitaran a entrar y me trataran como a un rey! ¡Me emocioné profundamente cuando todos ustedes me cantaron «Cumpleaños feliz»! ¡Hacía mucho que a nadie se le ocurría hacer eso! ¡Quiero que sepas que valoro mucho a los amigos como tú! ¡Es un consuelo saber que también hay otras personas que me recuerdan el día de mi cumpleaños! ¡Que Dios bendiga a esas bellas personas como tú, que celebran mi aniversario con una

comida en familia y un rato agradable en compañía de los demás! ¡Jamás dejo de estar con ellas en ese día!

¡Me conmovió mucho ver el pequeño pesebre que pusiste en un rincón de la sala de estar! Es muy lindo que la gente conmemore así mi nacimiento. Pero ¿sabes en la actualidad, en algunos países, las autoridades ya ni siquiera permiten que se pongan nacimientos en los parques, las calles y los lugares públicos? ¡Y ni hablar de las escuelas! ¡Y no me refiero a los países comunistas! ¡Estoy hablando de EE.UU.! ¡Fíjate! ¿Qué puede ser más inocente que un pesebre para recordarle a la gente que es mi cumpleaños? ¡Pues ellos lo prohíben! ¡Hasta han aprobado leyes en ese sentido y lo han declarado ilegal! ¿Adónde iré a parar este mundo?

Otra cosa que me asombra es que el día de mi cumpleaños, en vez de hacerme regalos a mí, ¡se obsequian cosas unos a otros! Y para colmo, ¡casi siempre son objetos inútiles! ¿A ti no te parecería extraño que, llegado tu cumpleaños, todos tus amigos decidieran celebrarlo haciéndose regalos unos a otros y no te dieran nada a ti?

Una vez alguien me dijo: «¡Es que a ti no se te ve nunca! ¿Cómo es posible hacerte regalos?» Ya te imaginarás lo que le respondí: «Regala comida y ropa a los pobres, ayuda a los que lo necesiten. ¡Ve a visitar a los que están solos!» Le dije: «Escucha bien: todo lo que regales a tus semejantes para aliviar su necesidad, ¡lo contaré como si me lo hubieras dado a mí!» (Lee Mateo 25:34-40)

Lamentablemente, cada año que pasa es peor. Llega mi cumpleaños y sólo piensan en las compras, en las fiestas y en las vacaciones y yo no cuento para nada en todo eso. Me recuerda lo que le sucedió hace poco a un amigo mío, un simpático anciano llamado Pascual. Vive en un barrio pobre y llevaba meses intentando sin éxito que le dejaran entrar en una iglesia. Era una iglesia muy exclusiva, sólo para gente «seria y decente», y allí no querían a Pascual. Me lo encontré sentado afuera, en la escalinata, con el rostro hundido entre las manos y los ojos llenos de lágrimas. Cuando me contó lo que le había pasado, le puse un brazo sobre los hombros y le dije: «Pascual, te entiendo muy bien. Yo llevo veinte años tratando de entrar en esta iglesia, ¡y a mí tampoco me dejan!»

En fin, toda paciencia tiene su límite, aun la mía. Laurita, voy a contarte un secreto. Se trata de algo que vengo pensando desde hace bastante tiempo y dada la situación, creo que voy a tener que hacerlo muy pronto. ¡Estoy pensando hacer mi propia fiesta! ¿Qué te parece? ¡Será el festejo más grandioso y fantástico que puedas imaginarte! Es posible que tarde aún un poco en ultimar todos los preparativos, por lo que quizá no la pueda hacer este año. De todos modos, ya estoy enviando invitaciones, porque tengo la seguridad de que no querrás perdértela. ¡Habrá sitio para miles de millones de personas, para todo el que quiera venir! Asistirán celebridades y personas famosas de todas las épocas, ¡y te reservaré un puesto de honor al lado de ellas! (Lee Mateo 8:11)

¡Así que prepárate, porque cuando todo esté listo daré la gran sorpresa! ¡Y muchos se quedarán con las ganas por no haber contestado a mi invitación! ¡Por favor, dime enseguida si quieres venir, y te reservaré un lugar y escribiré tu nombre en grandes letras doradas en mi gran libro de invitados!

¡Hasta pronto! Se despide con mucho cariño, Jesús

MI MEJOR CANTOR

Cuando Bernardo asistió por vez primera a mi clase tenía 13 años. Era varios años mayor que los demás alumnos, desordenado, desnutrido y flojo en lectura. Un sentimiento de compasión se apoderó de mí y decidí hacer todo lo posible para ayudarlo a acomodarse al grupo. Pero, ¿cómo?

Ya que el hombre fue creado a imagen de Dios, algo hay de bueno en cada individuo. Al observar detenidamente a Bernardo, tuve que buscar algo que alabar. Leía balbuceando la cartilla de tercer año, avanzaba penosamente por el libro 3 de aritmética y a duras penas asimilaba el segundo libro de ortografía. Además, no se llevaba bien con los demás niños.

Hasta que un día descubrí que tenía una voz algo grata y bonita. Inmediatamente lo elogí por ello y tuvo efectos casi milagrosos. Su conducta mejoró. Empezó a peinarse. Se integró en el grupo.

Para nuestro programa de Navidad, se decidió que Bernardo cantaría el único solo. Al cabo de varias semanas, cuando la directora del colegio visitó nuestra aula, se

detuvo delante del pupitre de Bernardo. Él se apocó; se dio cuenta de que hubiera debido estar en un curso mucho más avanzado. De pronto, alzó la mirada y anunció con sumo orgullo:

—¡Soy el mejor cantor de la Sra. Paniagua!

Desde aquel año, he tenido en mi clase a otros «Bernardos» y en todos hallé algo que alabar. Pero nunca olvidaré a «mi mejor cantor», porque me hizo tomar conciencia de que toda persona tiene por lo menos una aptitud y el elogio acertado puede ayudarla a descubrirla.

MILAGRO DE CURACIÓN

Hace más de setecientos años vivía en la aldea de Greccio, Italia, un hombre llamado Luigi que le guardaba rencor a Dios.

Era un forzudo de ojos negros, genio muy vivo y con manos de un excepcional talento artístico. Desde niño tuvo el don de saber tallar en madera preciosas figuras. Durante muchos años, aceptó su talento con gratitud considerándolo, una señal de que Dios lo estaba bendiciendo. No obstante, en determinado momento Luigi echó maldiciones al Cielo. Fue el día en que se enteró de que su única hija había nacido ciega.

Desde entonces no volvió a ir a la capillita de la ladera. No permitía que se rezara en su casa. A su hija la habían llamado María, como la madre de Jesús, pero él le cambió el nombre y le puso Rosa.

Su esposa le suplicó en vano. Nada lo hizo mudar de opinión.

—¡No quiero saber nada de un Dios que condena a niños inocentes a la oscuridad! —decía.

Desde el punto de vista de un artista, la oscuridad es como una sentencia de muerte.

En el año 1207, a mediados de diciembre, pasó por Greccio una caravana de mulas. Entre los tesoros que exhibía había un magnífico colmillo de marfil. En cuanto Luigi lo vio se le ocurrió labrar un muñeco con él; haría un muñeco para su hijita. Compró el marfil y al cabo de pocos días había terminado la talla: era la figura de un recién nacido, de tamaño natural y con una sonrisa dibujada en los labios; casi parecía que respiraba. Luigi no le habló a nadie de la imagen que había hecho, a excepción de su esposa y a ella se lo dijo únicamente porque le pidió que le hiciera la ropita.

Entretanto, todo el mundo en el pueblo hablaba de un joven fraile que había ido a predicar allí y venía de una ciudad vecina. Nadie sabía exactamente qué tenía de especial, pero cada vez que predicaba, la gente terminaba con una paz asombrosa, con la sensación de que hubiera borrado de su corazón todo enojo y el dolor de su vida.

La esposa de Luigi había oído hablar al fraile y le había rogado a su marido que fuera a la iglesia con ella. Pero Luigi siguió en sus trece: —Cuando ese Dios tuyo me demuestre que es capaz de curar la ceguera, entonces creeré en Él.

Tampoco dejaba que su esposa llevara a Rosa, pero la mujer ansiaba con toda el alma que su hija conociera de alguna forma el amor y el calor que parecían emanar del joven fraile. El día de Nochebuena se le ocurrió una idea.

Aquella noche, cuando Luigi entró en su taller, dio un grito de rabia que sobresaltó a sus sirvientes. Estos se acercaron corriendo y se enteraron de que el muñeco de marfil había desaparecido. Una de las criadas le dijo que su esposa se había llevado la escultura de marfil, para dárselo al joven fraile.

Con paso airado, Luigi salió a la calle y subió la ladera, donde le cortó el paso una caravana: había tres jóvenes nobles, suntuosamente vestidos, a quienes seguían seis siervos a caballo y por último dos carros cargados de animales: ovejas, cabras, bueyes y un asno.

Un joven con manto de púrpura saltó ágilmente de su montura exclamando:

—¡Francesco Bernardone! ¡Nos llegó tu aviso y aquí estamos!

Luigi se dirigió, con mal humor, a uno de los sirvientes:

—¿Quién es el tal Francesco Bernardone, que habéis venido a ver aquí en Greccio?

—¡Ese! ¡El fraile!

Era un hombre delgado, vestido con una túnica de color pardo.

—Bienvenidos amigos —exclamó sonriendo—. La paz de Dios sea sobre todos vosotros.

—Te hemos traído los animales —dijo el joven noble—. Pero oye, Francesco, ¿hasta cuándo vas a seguir con esas tonterías? ¡Asís ya no es lo que era sin ti!

Luigi apretó el hombro del siervo con más fuerza.

—¿Quién es ese hombre?

El criado hizo ademán de no comprender bien lo que estaba pasando.

—Hasta hace bien poco, era amigo y compañero de juergas de mi amo, en Asís. Ahora dicen que predica la Palabra de Dios. Yo no lo entiendo.

Los demás siervos descargaban los carros y los animales, temerosos, corcoveaban y se alborotaban.

—Perdonad un momento —dijo el fraile, al tiempo que se acercaba al carro más cercano y ponía la mano sobre un buey.

—Tranquilízate, hermano buey. Y tú, hermana oveja, no bales tan lastimeramente.

Mientras decía estas palabras, los animales se callaron y calmaron.

Se hizo el silencio en la pequeña multitud allí reunida. Todos oyeron claramente que el fraile le decía al joven del manto púrpura:

—Ven Lorenzo, que te quiero enseñar mi representación del Nacimiento.

El joven vaciló.

—Yo no soy creyente, Francesco.

—Más motivo aún —respondió el sencillo fraile. Cuando se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaba el nacimiento, todos los animales le siguieron, y la gente también, incluido Luigi, que no lo pudo evitar.

Una vez cerca del altar, vio que había un cobertizo hecho con ramas verdes y en su centro un pesebre. Enseguida se dio cuenta de lo que contenía, pues vio la mujer que estaba arrodillada a su lado, cuyo rostro resplandecía de belleza a la luz de las velas. Era su mujer.

Sin que nadie los forzara, ni les indicara dónde tenían que ir, los animales se acercaron formando un semicírculo alrededor del pesebre. Entonces, el humilde fraile dijo:

—Os iba a leer el relato del nacimiento de Jesús según los Evangelios, pero estoy tan contento con mi representación de la Natividad que lo voy a cantar con vosotros.

Ninguno de los que oyeron su canto pudo olvidar su dulzura. Contó la eterna historia de los ángeles y los pastores, y de los Magos de Oriente. Hasta los animales parecían prestar atención. Luigi no dudaba que entendían el significado de las palabras, pues en su interior se estaba produciendo un milagro mayor aún. Su enojo se estaba disipando y le había sobrevenido una extraña sensación de paz.

Tampoco era él el único que se estaba transformando. El joven del manto púrpura se adelantó. Se sacó una cadena de oro que llevaba colgada al cuello, se arrodilló y la dejó junto al pesebre. Sus compañeros lo imitaron y dejaron otros presentes.

Luigi sintió que le tocaban el brazo. Miró a ver quién era y se dio cuenta de que el joven fraile le sonreía.

—Tú te preguntabas si Dios era capaz de curar la ceguera —le dijo—. Pues ahora mismo estamos viendo cómo lo hace, ¿no crees?

Luigi no respondió. Tenía un nudo en la garganta. Veía a los aldeanos amontonarse en torno al pesebre para observarlo de cerca y se dio cuenta de que estaban maravillados ante su prodigiosa obra de arte. Algunos juraron después que el niño de marfil se

movió, sonrió y levantó los brazos hacia ellos. Pero debió de ser sin duda alguna, efecto del parpadeo de las velas.

Entonces el fraile dijo:

—Da las gracias a tu hija por habernos prestado su regalo de Navidad. Te lo puedes llevar de vuelta a tu casa.

Luigi dijo que no con la cabeza y añadió:

—Está muy bien donde está. Se puede quedar ahí.

El fraile le dijo:

—Mañana es Navidad. Tu hijita se sentirá desconsolada.

—No —respondió Luigi—. Le haré otro muñeco. Voy a tallar todas las figuras del nacimiento para que Rosa ... mejor dicho María, pueda revivir la Navidad cada vez que quiera.

Luigi se fue a su casa, dejando el muñeco de marfil con San Francisco de Asís, en el que, según la tradición, fue el primer nacimiento o belén de la historia. Bajó la ladera de la mano con su esposa. Luego, se pasó toda la noche trabajando, pero con el corazón lleno de gratitud, pues sabía que en efecto Dios había curado la ceguera de su familia; no la de su hija, sino la suya.

MI REGALO PARA JESÚS

¿Qué puedo darle?
¿Qué puedo darle,
pues pequeño soy?
Quizás un cordero,
si fuera yo pastor.
Si fuese un rey mago,
oro daría yo.
Ya sé qué daré:
Le doy mi corazón.

Christina Rossetti

UNA NIÑA DIFÍCIL

No era fácil amar a una niña como Felisa. Yo deseaba lo mejor para ella, pero había días en que prefería que no asistiera a la clase de catequesis dominical que yo enseñaba. Felisa siempre llevaba el pelo enmarañado, las uñas y la cara sucias. No se juntaba con los demás niños y caminaba pisando bastante fuerte. Además, nunca estaba quieta, no aguantaba que la tocaran y siempre tenía que decir la última palabra.

Yo tenía veinte años y aquel año estaba dirigiendo por primera vez la presentación Navideña. Faltaban pocas semanas para la Nochebuena. Con las hojas en que tenía mecanografiado el guión de la representación de la Natividad en la mano, dije a los niños:

—El que quiera participar, que levante la mano.

Se alzaron prácticamente todas las manos. Todas menos la de Felisa. Después de asignar papeles a los que levantaron la mano, me sobraba uno.

—Felisa —le pregunté—, ¿no te gustaría decir aunque sólo sea unas palabras en la actuación?

—¿Y quién ha dicho que voy a ir a la actuación? —preguntó por respuesta, con los brazos cruzados y balanceando peligrosamente la silla sobre las patas traseras, con aire desafiante—. Esa noche probablemente estaré en una fiesta.

—*Señor Jesús* —recé en silencio—, *ayúdame a amar a Felisa*.

—Si cambias de parecer —dije—, me quedan todavía algunos papeles.

—No voy a cambiar de parecer —dijo Felisa—. Y así fue.

La tarde del ensayo general, los niños estaban sentados en los primeros bancos de la iglesia, hablando bajito mientras las personas mayores daban los últimos toques a los disfraces de pastor y las aureolas de los ángeles, hechas de oropel.

—Ya pueden ocupar sus puestos —ordené desde el fondo de la iglesia.

El narrador dio comienzo a la lectura:

—En aquellos días, se promulgó un edicto...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y reviví de nuevo ese entrañable relato tradicional.

—María no se comporta como si fuera a tener un niño —musitó una vocecita ronca a

mis espaldas. Era Felisa, no tendría ganas de actuar, ¡pero no se quiso perder el ensayo!

—¡Shh! —dije para que se callara, alargando mi mano para tomar la suya.

—¡Está bien, está bien! —dijo Felisa apartando la mano.

En la última escena, la única iluminación que quedaba en todo el salón era una luz que alumbraba a la Sagrada Familia, mientras los niños cantaban *Noche de paz*. Fue precioso. ¡De pronto, vi a alguien que se movía delante del pesebre! ¡Era Felisa! Nunca se podía saber dónde se iba a meter esa niña. Metió la mano en el pesebre, apretó el brazo del muñeco, lo soltó y se perdió nuevamente en las sombras.

—Felisa —le pregunté—, ¿qué haces ahí?

—Estoy mirando —respondió—. Además, no es un bebé, es un muñeco. Lo sé porque lo toqué.

Señor, ayúdame a amar a Felisa, recé.

Luego dije a los actores:

—No olviden, la función empieza a las 7 en punto; deben estar aquí media hora antes para tener tiempo de alistarse. ¡Hasta luego!

Felisa se fue por el pasillo con los demás niños, dando sonoros pasos. Yo tenía la

esperanza de que hubiera quedado satisfecha con el ensayo y no se presentara por la noche. Sabía que mi forma de reaccionar no era muy cristiana, pero quería que la función se representara sin contratiempos.

A las siete menos cuarto, reinaba la expectación entre bastidores. Los ángeles se ayudaban unos a otros a colocarse sus túnicas. José y los Magos se ajustaban las barbas, las cuales se sujetaban en las orejas con alambres. María tenía la vista clavada en el espejo, esforzándose por adquirir la expresión más apropiada para la madre del Salvador. Yo iba de un grupo a otro ayudando donde podía. Felisa no daba señales de vida y comencé a tranquilizarme.

Cuando faltaba un minuto para las siete, entró la Sra. Pamela. Llevaba en los brazos a su recién nacido que, todo vestido y envuelto de blanco, sustituiría al muñeco empleado en los ensayos.

—**Acabo** de darle de mamar —dijo—, así que probablemente dormirá durante la actuación.

—**Puede** colocarlo en el pesebre en cuanto empiecen a apagarse las luces —le dije en voz baja.

El órgano comenzó a tocar y me senté en la primera fila para apuntar a los actores. A los primeros compases que interpretó el órgano se iluminó el nacimiento y el narrador inició el relato.

Esta vez, en vez de sentir el familiar escalofrío al comenzar a oír el relato del nacimiento de Jesús según la Biblia, sentí que me golpeaban y empujaban ligeramente la rodilla.

—Córrase —dijo entre dientes una voz que me era familiar—. Preferí no ir a la fiesta. Sin apartar los ojos de la escena, me corrí y alargué la mano para darle un poco de cariño, pero me la apartó de un manotazo.

—*Estoy haciendo lo que puedo, Señor,* —pensé.

Los ángeles cantaron a los pastores, que luego fueron a Belén llevando un cordero para el Niño. Los Magos fueron a ver a Herodes y luego se dirigieron al establo. María «meditaba todas estas cosas en su corazón». Estaba saliendo todo de maravilla. Felisa estaba sentada a mi lado tan calladita que no volví a pensar en ella y cuando me di cuenta que se había levantado, ya era tarde.

Con sus pesados pasos, se dirigió al

pesebre, tal como había hecho durante el ensayo. Pero esta vez se enderezó pasmada, y se volvió corriendo hacia mí, con unos ojos como platos.

—¡Está vivo! —exclamó con asombro.

Al otro lado del pasillo, alguien preguntó:

—¿Qué dijo?

—¡Que está vivo!

La voz se corrió de un banco a otro, del mismo modo que se propagan las ondas cuando cae una piedra en un estanque. «Está vivo... vivo... vivo.» El ambiente se electrizó mientras, uno por uno, los asistentes fueron sintiendo la presencia viva del Niño de Belén. Ése era el verdadero motivo de tanta celebración. ¡Que Jesús está vivo! Una niña difícil y rebelde nos había hecho comprender el majestuoso mensaje de la Navidad.

Se encendieron las luces y cuando todos se pusieron de pie para cantar «*Dichosa tierra, llegó el Señor*», la canción vibró y resonó con más fuerza que nunca en nuestros labios.

Puse el brazo sobre los hombros de Felisa, y le dije al oído, mientras la estrechaba contra mí:

—Tú has sido lo mejor de la actuación.

Esta vez no me rechazó ni empujó.

MAMÁ EN EL ASILO

Esto sucedió en Tegucigalpa, capital de Honduras, donde mi esposo, que es diplomático, se encontraba destacado en 1969. Faltaba una semana para Navidad. Todos estábamos atareados con diversas actividades del colegio, la iglesia o el club, como también con los preparativos para la fiesta familiar que celebraríamos en casa.

La Asociación de Mujeres del Gobierno de los EE.UU. había proyectado su obra de caridad anual, una fiesta de Navidad en el asilo de ancianos. Yo, en calidad de secretaria, tuve que telefonar a todas las asociadas para pedirles que prepararan tortas y fueran a atender a los pacientes. Cuando conseguía hablar con ellas por teléfono, la mayoría contestaba que encantada prepararía un pastel, pero que no podría asistir a la fiesta. Para cuando terminé de hacer las llamadas, noté que tenía tensión en el estómago por el resentimiento.

—¡Hay que ver! —pensé, reforzando mi resentimiento hacia todas las que se habían negado a colaborar— ¿Es que no sienten la necesidad de hacer caridad? ¡Menuda fiesta vamos a tener! Ocho de treinta y cinco dijeron

que vendrían a ayudar ¡y tenemos que servir a casi doscientos pacientes!

Cuando llegó el día de la fiesta, todavía tenía el ceño fruncido. Llegué al asilo para contribuir con mis servicios y Gladys —la presidenta de la asociación— ya se encontraba tras la larga mesa en la que cada una iba dejando su torta. La esposa del embajador estaba preparando el ponche y cortando pasteles. Las pocas señoras que se habían comprometido a ayudar colocaban los adornos de Navidad, organizaban las sillas y realizaban los diversos trabajitos necesarios para poner en marcha la fiesta.

—Qué lástima. Habría deseado que más señoras hubieran querido ayudar. ¿Por dónde quieres que empiece?

La cálida sonrisa de Gladys casi borró mi resentimiento, pero no del todo. Me pidió que les llevara la merienda a los pacientes que no podían salir de su cuarto.

—Cómo no —dije, agarrando una bandeja—. ¡Será mejor que comience pronto, pues voy a tardar un siglo en servirles a todos!

Empezó la música y no sé quién se puso a cantar villancicos con los ancianos, que estaban todos reunidos en el inmenso patio del establecimiento. Yo no tenía tiempo de

escuchar ni disfrutar las canciones.

Me pasé la tarde corriendo de un lado a otro, llevando pasteles y ponche, sin mirar casi ni de reojo a los pacientes que servía. A cada uno le daba además una bolsa de caramelos y un regalo. Recorrí todas las alas del edificio, me dolían las piernas de subir las escaleras, A cada paso mi resentimiento era mayor.

Una de las tantas veces que subí, una viejita que llevaba un vestido estampado, rasgado y desteñido me tocó el brazo y me dijo tímidamente:

—Perdone, señorita. ¿Tendría la bondad de cambiarme el regalo?

Me volví hacia ella irritada y repliqué:

—¿Cambiarle el regalo? ¿Por qué? ¿Es que le tocó uno de hombre?

—No, no... —dijo vacilante—. Es que me tocaron perlas. Las perlas representan lágrimas y yo ya no quiero más lágrimas.

Pensé: ¡Qué superstición más tonta! ¡Hay que ver cómo está el mundo! ¡Deberían agradecer cualquier cosa que les dieran!

—Lo siento. Ahora estoy muy atareada. A lo mejor después se lo puedo cambiar.

Me fui corriendo para llenar otra vez la bandeja y me olvidé al instante de la señora.

Con la bandeja llena de torta llegué corriendo a la sección de mujeres, en la planta baja. Abrí la puerta del cuarto A-14 apoyándome de espaldas y una vez dentro, di la vuelta; cuando vi lo que había allí, me estremecí de tal modo que la bandeja me empezó a temblar en mis manos. ¡En aquel cuarto feo y deslucido, acostada en un camastro de sábanas grises y con un camisón raído de muselina, estaba mi madre! ¿Mamá? ¡No puede ser! ¡Mamá está muerta! y de estar viva, no se encontraría en un lugar así. Se trataba de un asilo para ancianos sin familia, gente pobre y enferma que no tenía donde estar ni quien la cuidara.

No podía ser; los ojos me estaban haciendo una jugarreta. Cuando volví a abrirlos pude ver mejor a la mujer demacrada que ocupaba el cuarto. No era mi madre, sino una viejita de cabello gris y ojos azules, que ni siquiera se parecía a ella. ¿Qué me habría pasado que pensé que esa pobre mujer era mi madre? Sería la madre de otro, no la mía. Entonces, ¿por qué no me sentí aliviada? Todo lo contrario, me embargó un dolor inmenso y se me hizo un nudo en la garganta.

Sin pronunciar palabra, volví a salir justo a tiempo para que no me viera llorar. Por el

oscuro pasillo retorné a la mesa en la que se encontraba Gladys trabajando, muy animada. Se me debía de notar lo desgraciada que me sentía, porque su expresión cambió en cuanto me vio y pareció alarmada.

—¿Qué te pasa, Betty? —me preguntó, rodeándome con el brazo.

—Es que vi a mi madre... —dije sollozando—. ¡Acabo de ver a mi madre allí en un cuarto! No puedo seguir.

—Lo que te pasa es que estás agotada, pobrecita. Tómate un descanso.

Varias personas que se encontraban por allí cerca empezaron a mirarme. Agarré una servilleta y me fui corriendo para que no me vieran llorar y para estar sola.

Me dirigí a un descansillo de la escalera del ala masculina, donde no había luz y me senté en el rincón, sollozando. Señor —recé—, ¿qué me pasa? ¿Me estoy volviendo loca?, y casi al instante oí Su respuesta, que no me llegó con palabras audibles sino en mis pensamientos: «Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres... y no tengo amor, de nada me sirve.» (1Cor.13:3) Caí en la cuenta de que esas palabras iban sin duda alguna dirigidas a mí. Ese día yo había preparado tortas, caminado kilómetros,

llevado comida a muchas personas, pero, ¿para qué? ¿A quién había estado sirviendo? ¿A quién había tratado con cariño? ¡Ni siquiera me había molestado en mirar a nadie! Los ancianos no significaban nada para mí, ni veía sus rostros... hasta que vi en alguien que sufría el rostro amado de mi madre. Entonces cobraron vida para mí los ancianos.

—Perdóname, Señor —dije en voz baja—. Lo he hecho todo al revés. Tengo que volver a empezar.

Respiré profundamente, me enjuagué las lágrimas y volví a la mesa de los pasteles. Gladys me miró desde donde estaba ocupada y me dijo:

—Ya has hecho bastante por hoy, Betty. ¿Por qué no te vas a casa a descansar? A partir de ahora nos las podremos arreglar.

—No me pidas que me vaya —le respondí—. En realidad voy a empezar ahora. Cuando estaba a punto de irme cargando otra bandeja, de pronto me acordé:

—Gladys, ¿tienes otro regalo para señoras? Tengo que cambiar uno.

Ella me pasó una cajita que contenía un broche de piedras rojas con forma de corazón.

—Gracias, es ideal —le dije, agarrándola y alejándome deprisa hacia el patio.

—*Haz que encuentre a esa mujer,* —oré para mis adentros. Ni me había molestado en mirarle la cara. Había estado demasiado ocupada para prestarle alguna atención y pasé de largo, como hicieron el levita y el sacerdote en la historia del buen samaritano. Busqué entre todos los ancianos, de fila en fila. A todos se les veía contentos, cantando villancicos mientras resonaba la música. Por primera vez en todo el día me empecé a sentir feliz.

Entonces vi el andrajoso vestido estampado. La señora estaba sentada contra la pared, sola, teniendo en su regazo los caramelos sin desenvolver y las perlas. Se veía muy triste y desdichada. Me acerqué corriendo.

—La busqué por todas partes. Tome, le traje un regalo diferente.

Alzó la vista sorprendida y luego, casi como quien pide perdón, agarró la caja y la abrió. Los ojos se le iluminaron como un árbol de Navidad y sonrió de oreja a oreja encantada.

—**Muchas gracias, señorita** —exclamó.

De nuevo se me hizo un nudo en la garganta, pero esta vez no me importó.

—**Deje que se lo coloque** —le dije—. Y deme esas perlas, que ninguna falta nos hacen

las lágrimas en Navidad.

Cuando me fui, la dejé cantando en el patio con los demás y me dio la impresión de que se me quitaba un peso tremendo de encima.

Sólo me quedaba una cosa por hacer antes del fin de la fiesta: volver al cuarto A-14. De alguna forma tenía que darle las gracias a aquella paciente, pero no sabía cómo. Cuando empujé la puerta, me encontré a la señora sentada en la cama, comiéndose la torta y cuando entré sonrió.

—Feliz Navidad, mamita.—le dije.

—Qué bueno que haya vuelto —me contestó—. Quería darles las gracias a todas las señoras por venir y hacernos la fiesta. Me gustaría hacerle un regalo, pero no tengo nada que le pueda dar. ¿Le puedo cantar una canción?

Ya no me podía contener más y asentí con la cabeza. Me senté en la cama mientras ella me interpretó, con voz chillona, tres estrofas de una canción de lo más triste y de lo menos navideña que he oído en la vida. Pero el resplandor de sus ojos pudo más que la letra y dejó bien claro el mensaje de la Navidad: ¡dichosa tierra!

LECHE AGUADA

Lo que vamos a relatar sucedió en una aldea, una Navidad hace más de un siglo, en 1876. El tío Barney tenía un concepto justo y bueno del bien y del mal. Su vecino más próximo era Ed Newton, sencillito campesino que a duras penas conseguía mantenerse a flote.

Ed Newton aguaba la leche y lo descubrieron. Quien se haya criado en el campo comprenderá lo grave que es esa falta. Se la equiparaba al robo de caballos y hay quienes han sido ahorcados por eso. Pero no todos somos de hierro, no todos somos incorruptibles. Ed Newton cayó en la tentación y lo descubrieron. Gracias al dinero y las influencias de algunos, así como a las lágrimas y súplicas de su esposa, no fue a parar a la cárcel. Pero después de aquello, los vecinos lo condenaron a un ostracismo feroz.

No hay sentencia más cruel que esa: que los demás vivan como si uno no existiese. Cuando todos los de los alrededores dejaron de lado a Ed Newton y a su familia, él envejeció de pronto, se volvió taciturno y se le veía abatido. Hacía sus compras y herraba sus caballos en el pueblo vecino. Andaba siempre con la cabeza gacha.

Su esposa Mary casi se muere del disgusto. No se la volvió a ver en la iglesia, ni en ninguna reunión; y de noche, no se veía luz alguna en casa de los Newton. En cierta ocasión Mary atendió sola a su hija gravemente enferma, porque no tuvo el valor de llamar al médico, y faltó poco para que se le muriera.

El día de la Nochebuena de 1876, el viento soplabá con gran furia arrastrando la nieve hasta que quedaron cubiertas las vallas y casi se perdieron de vista los caminos. Hacía un frío glacial. A la mañana siguiente reinaba la calma navideña.

Había regalos colgados en la chimenea, racimos de uvas pasas, maní y el mejor regalo de todos en abundancia: amor en un hogar feliz. Terminados todos los quehaceres, el tío Barney se sentó junto a la chimenea a calentarse las piernas y a pensar. De pronto, se sacó las zapatillas y agarró las botas.

—Myriam —se dirigió con voz profunda a su esposa—, estuve meditando un rato y Dios me habló al corazón: Nos vamos todos de visita. Ed Newton ya lleva bastante tiempo viviendo un infierno. Ni el mismo Dios pretende condenar a nadie por un desliz. Toma lo

que haga falta para preparar la comida, porque vamos a comer el almuerzo de Navidad donde no nos han convidado. No me pareceré al buen samaritano, pero voy a ir allá a ver si le puedo quitar el peso que lleva en el corazón.

—¡Te amo, mi Cielo, será una Navidad muy especial! —se oyó decir desde la cocina.

Los niños le ayudaron a enganchar el caballo al gran trineo y cargaron el pavo y los bizcochos de frutas picadas. El tío Barney se metió a grandes pasos en el cobertizo y salió con dos juegos de campanillas para el trineo, que colgó de la cabeza del caballo. Por fin partieron camino abajo, disparando nieve hacia los lados y haciendo música con los cascabeles. El frío en las mejillas resultaba vivificante. En menos que canta un gallo llegaron a la finca de los Newton, torcieron para entrar en el camino de entrada, atravesaron un montón de nieve que se había acumulado allí y se presentaron en la puerta lateral de la casa.

Cuando las dos mujeres se vieron, se abrazaron llorando. Entonces el tío Barney dijo:

—Hemos venido de visita, Ed, como ha-

cíamos antes. Queremos que sea una Navidad feliz para todos nosotros, que somos amigos, que nos queremos y nos necesitamos.

Ed Newton se sentó en el sofá hundiendo la cara entre las manos. Luego se levantó, besó a su esposa Mary, a la tía Myriam y a todas las niñas. Enseguida los niños se pusieron a jugar. Todo distanciamiento se había desvanecido.

Las mujeres comenzaron los preparativos de la comida y los hombres fueron al establo a ver los animales. Los niños jugaron en la nieve y lo pasaron muy bien. Por fin, la Sra. Newton hizo sonar la campana que colgaba del tejado de la cocina y se reunieron todos para disfrutar la comida de Navidad.

Ed Newton bendijo la mesa y tal era el nudo que tenía en la garganta que a duras penas pudo terminar. Su esposa puso la mano sobre la de él mientras rezaban.

¡Qué comida aquella! Todos repitieron a su gusto, hubo sidra y manzanas, y después sirvieron nueces en la sala.

Todo tiene su fin y hasta en aquel día de regocijo había quehaceres que el tío Barney y su familia no podían dejar de lado. De todas formas, prometieron visitarse y todos los sin-

sabores anteriores quedaron profundamente enterrados para siempre bajo la nieve. Se besaron nuevamente y cuando el tío Barney se dio la vuelta para estrechar una vez más la mano de Newton, dijo bien alto:

—¡Que Dios bendiga esta casa y a todos sus ocupantes!

Ya en su casa, atizó el fuego hasta que ardió vivamente y salió a atender a todos sus animales que tenía, como todo buen campesino.

Cuando el tío Barney se disponía a acostarse, la tía Myriam le dijo:

—Barney, Dios no olvidará jamás lo que hiciste hoy.

Después de volver a sus zapatos,

retiró a descansar. Apenas había cerrado los ojos, oyó una voz que le decía:

—Martín!

—Martín!

HA NACIDO UN NIÑO

Vi por mi ventana
en una noche hermosa y fría,
una estrella que brillaba
y su magia estremecía.

Ángeles guiaban
a unos pastores al sendero
que llevaba hasta Belén,
anunciando así al mundo entero, que ...

Ha nacido un Niño,
va a nacer el Sol,
ha nacido el Salvador
de los hijos del Señor.

No nació en un palacio
ni se viste como un rey,
mas su reino es eterno
y el amor su suprema ley.

Seguí a los pastores
hasta llegar junto al pesebre.
Encontré allí un Niño
de hermoso rostro alegre.

Y con el Niño en sus brazos
María se acordó
de todos los milagros
que Dios le prometió.

EL ZAPATERO

Había en Francia, en la ciudad de Marsella, un zapatero muy querido y respetado por sus vecinos, que lo llamaban cariñosamente «padre Martín».

Una Nochebuena, se encontraba solo sentado en su taller leyendo el relato de la visita de los Magos al Niño Jesús y de los presentes que le llevaron. Pensó: «Si mañana fuera Navidad por primera vez, si Jesús naciera esta noche en Marsella, ¡ya sé que le regalaría!» Levantándose de su taburete, tomó de la estantería dos zapatitos suaves de cuero blanco inmaculado y relucientes hebillas plateadas. «¡Le regalaría estos zapatitos, que son mi obra maestra!», se dijo.

Después de volver a poner el par de zapatitos en el estante, apagó la vela y se retiró a descansar. Apenas había cerrado los ojos, oyó una voz que llamaba su nombre:

—*¡Martín! ¡Martín!*

Tenía la impresión de que era Jesús quien le llamaba. Volvió a oír la Voz:

—*Martín, dijiste que deseabas verme. Mañana voy a pasar por tu ventana. Si me ves, pídemme que entre y seré el invitado en tu mesa.*

Aquella noche, padre Martín no pudo dormir de la alegría. Se levantó antes del alba, barrió y ordenó su humilde taller. Esparció arena limpia sobre el piso y adornó con ramas de abeto las vigas del techo. En la mesa, que estaba impecable, colocó un pan, un tarro de miel y una jarra de leche, y puso al fuego una tetera.

Luego esperó con paciencia en la ventana.

Al poco rato pasó por la calle un barrendero que se soplaba sus rudas manos para calentarlas.

—*Pobre hombre* —pensó Martín—. *Estará muerto de frío.*

Abriendo la puerta, lo llamó:

—*Entra amigo y toma una taza de agüita caliente.*

El barrendero aceptó gustoso la invitación.

Una hora más tarde, Martín vio pasar a una señora muy pobremente vestida que llevaba a un niño pequeño en brazos. Se la veía agotada. Mientras el viejo zapatero la observaba, hizo una pausa para descansar, precisamente en su umbral. Se apiadó de ella y al instante abrió la puerta de par en par.

—**Entra a calentarte mientras descansas** —le dijo—. Tienes aspecto de no encontrarte bien.

—**Así es, no me encuentro bien** —explicó—. Mi esposo está embarcado y yo estoy enferma y además sin dinero.

—**¡Pobre criatura!** —exclamó padre Martín— Ven a comer algo mientras entras en calor. Le daré un tazón de leche al niño. ¡Ah, es un niño precioso! ¡Uy, pero si está descalzo!

—**Es que no tiene zapatos** —explicó la madre con tono lastimero.

—**En ese caso, este par tan bonito que acabé ayer será para él.**

Padre Martín tomó de la estantería aquellos zapatitos blancos y suaves que había estado admirando la noche anterior. Se los calzó al niño y... ¡le quedaban a la perfección! Poco después, la joven madre salía con dos monedas en la mano, derramando lágrimas de gratitud.

El zapatero regresó a la ventana. Transcurrieron las horas y aunque muchas personas pasaron junto a su ventana y muchas almas necesitadas participaron de su hospitalidad, el Invitado que esperaba no se presentó.

De repente, sus cansados ojos vieron como la sala se inundaba de una extraña luz. Ante el atónito zapatero, fueron apareciendo uno por uno el barrendero, la señora enferma con el niño y todas las personas a las que había ayudado aquel día. Todos le sonreían y le decían:

—¿Cómo puedes decir que no me has visto? ¿Acaso no estuve sentado a tu mesa?

Y se desvanecieron.

Finalmente, en medio del silencio, padre Martín volvió a oír aquella Voz suave repitiendo las conocidas Palabras: *«Cualquiera que reciba en Mi nombre a un niño como éste, a Mí me recibe... Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis.»* (Mat. 18:5; 25:35-40)

EL DESCUBRIMIENTO

Cierta Nochebuena, cuando tenía doce años, había salido con mi padre. Él estaba haciendo las últimas compras de Navidad, y yo iba cargado de paquetes y cansado; no estaba de muy buen humor. Tenía impaciencia por llegar a casa. En esas se me acercó un mendigo, un viejo sucio, legañoso y sin afeitar. Me puso en el brazo una mano que más bien parecía una garra y me pidió dinero. Su aspecto era tan repulsivo que instantáneamente me eché para atrás horrorizado.

Mi padre me dijo con buenos modos:

—Norman, no se trata así a las personas.

Impenitente, repliqué:

—Es sólo un pordiosero, Papá.

Deteniéndose, mi padre dijo:

—Puede que no haya hecho gran cosa con su vida, pero Dios lo ama en forma muy especial.

Y entregándome un dólar —que en aquellos tiempos era mucho dinero—, me dijo:

—Toma, dáselo a ese hombre. Háblale con respeto. Dile que se lo das en nombre de Jesús.

—Papá —protesté—, ¿cómo quieres que haga eso?

Con voz firme, me dijo:

—Ve y haz lo que te he dicho.

De mala gana y resistiéndome, corrí tras el viejo y le dije:

—Perdone, señor. Tome este dinero que le doy en el nombre de Jesús.

Se quedó mirando el billete y luego me miró con cara de asombro. Entonces se dibujó en su rostro una sonrisa tan bonita, tan viva y espléndida, que me olvidé de que estaba sucio, sin afeitado, andrajoso y viejo. Casi cortésmente, se descubrió la cabeza y me dijo:

—Y yo te doy las gracias en el nombre de Jesús, jovencito.

Toda la irritación y la incomodidad que sentía se desvanecieron. La calle, las casas y todo lo que me rodeaba se volvió hermoso de repente, pues había participado en un milagro que he vuelto a presenciar muchas veces desde entonces: la transformación que tiene lugar en los hombres cuando se hacen hijos de Dios, cuando se les ofrece amor en nombre de un Niño que nació hace dos mil años en un establo de Belén, una Persona que todavía vive, anda con nosotros y hace notar Su presencia.

Eso fue lo que descubrí la Navidad de aquel año: la dignidad humana que se oculta en cada alma a la espera de resplandecer si tan sólo le damos a Dios la oportunidad para ello.

La otra Navidad que me transformó de forma similar también fue gracias a la preocupación que sentía mi padre por los pobres y los oprimidos. Recuerdo que una noche, ya tarde, lo llamaron por teléfono nada menos que desde una casa de prostitución. La mujer que administraba la casa decía que una de las chicas se estaba muriendo y había pedido que fuera a verla un pastor. De alguna manera, aquella mujer había oído hablar de mi padre. ¿Iría a verla?

Mi padre siempre atendía sin falta toda llamada para asistir a un moribundo. Después de explicar tranquilamente a mi madre adónde iba, fijó la vista en mí.

—**Abrígate, hijo** —me dijo—, que vas a venir conmigo.

Mi madre se quedó horrorizada.

—**¡No vas a llevar a un muchacho de quince años a un sitio así!** —dijo.

—**Hay mucho pecado, tristeza y desesperación en el mundo** —explicó mi padre—. No podemos seguir ocultando esa

realidad a nuestro hijo.

Recorriendo las nevadas calles, llegamos a una vieja casona de madera. Una mujer nos abrió la puerta y nos hizo subir a una habitación del piso de arriba. Acostada en una cama, estaba una joven de aspecto patético. Parecía una muñeca. Se la veía tan pálida y tan frágil que parecía una niña; no creo que fuera mucho mayor que yo.

Mi padre que había sido médico antes de ser pastor, se dio cuenta que la muchacha estaba gravemente enferma. Cuando se sentó al borde de la cama, la chica le alargó la mano y le dijo en voz baja, que se había criado en el seno de una familia muy cristiana y estaba arrepentida de las cosas que había hecho y de su vida de prostituta. Añadió que sabía que se estaba muriendo y que tenía miedo.

—He hecho cosas muy malas —le dijo—, muy malas.

Yo me quedé escuchando. No sabía qué se podía hacer para ayudarla. Mi padre sí lo sabía. Estrechando con sus dos firmes manos la de ella, le dijo:

—Todos hemos hecho cosas malas, «por cuanto todos pecaron», pero Jesús vino para salvarnos y ayudarnos a ser buenos y si nos arrepentimos, nos perdona. ¿Crees en Jesús?

La muchacha asintió con la cabeza. Mi padre prosiguió:

—Entonces dile lo que te voy a decir: «Jesús, te ruego que perdones mis pecados.»

Luego que ella repitió estas palabras, mi padre le dijo:

—A pesar de ser una hija descarriada, Dios te ama y te ha perdonado. Sea cuando sea que te llegue la hora, te llevará a Su hogar celestial.

Aunque llegue a vivir cien años, jamás se me olvidará la sensación de poder y gloria divinos que inundó la habitación mientras mi padre rogaba por aquella muchacha agonizante. Las otras mujeres que estaban presentes lloraban y yo también, porque todo lo que era vil y corrupto se desvaneció sin más. El amor nacido en Belén se manifestaba nuevamente en aquella sombría y deprimente calle de mala fama sin que nada pudiera resistirse a su paso. Absolutamente nada.

Ese fue el regalo que recibí aquella Navidad: saber que hay esperanzas para cualquier persona, hasta para las apesadumbradas y las abandonadas y que nadie tiene por qué perderse por culpa de errores pasados.

¡EL NIÑO JESÚS!

Vicki, mi hija de 3 años, era de lo más parlanchina, hablaba por los codos... hasta que nació su hermana Claudia, pues entonces calló, de un día para otro. Aunque seguía comprendiendo todo lo que decíamos, no pronunciaba palabra, ni siquiera «mamá».

Su silencio nos resultaba aterrador. Los médicos no le encontraban ninguna deficiencia orgánica. Se suponía que se trataba de un bloqueo emocional.

Todas las noches y a veces durante el día le leía historias sobre la vida de Jesús de unos libros hermosamente ilustrados. La ilustración que más le gustaba a Vicki era la de María con el Niño Jesús en brazos. Muchas veces abría el libro por esa página, señalaba con el dedo la ilustración y sonreía.

Pasaron dos años. Vicki todavía no hablaba, pero cada vez parecía más feliz. Poco antes de Navidad, cuando pasábamos un día delante de la iglesia, sentí el impulso de entrar. El templo estaba tan silencioso como Vicki, que llevaba agarrada de la mano. De pronto, al acercarnos al nacimiento la expresión de Vicky denotaba que estaba maravillada. Luego, rompió el silencio que había guardado durante dos años con las palabras: «¡Mira! ¡El Niño Jesús!»

DE RODILLAS

Lo que voy a relatar sucedió en la Nochebuena de 1939. Acababa de regresar a Inglaterra procedente de Hollywood para ingresar como voluntario en el ejército británico. Como había tenido algunos años de experiencia militar, me nombraron alférez y me pusieron al frente de una sección. Estábamos a punto de embarcarnos a Francia y esto a ninguno nos hacía mucha gracia. La mayoría de mis hombres se habían visto obligados a abandonar buenos puestos de trabajo para integrarse en el ejército. Esto fue algún tiempo antes de la gran ofensiva alemana de la primavera siguiente y a la mayoría les parecía una gran pérdida de tiempo.

Otra cosa que molestaba a aquellos hombres y los hacía sentirse aún más ridículos era tener que obedecer las órdenes de un actor de Hollywood. No eran sediciosos, pero desde luego eran los 40 hombres menos dispuestos con los que había tratado en la vida, eso sin hablar de tenerlos a mis órdenes. Aquella Nochebuena no tuvimos permiso para salir, porque estábamos a punto de partir de Inglaterra al día siguiente, dejando a nuestras familias atrás. O sea, que no pasaríamos unas fiestas muy agradables. Toda la sección estaba alojada en los ruinosos establos de una finca próxima a Dover, Inglaterra.

Percibía claramente un sentimiento de hostilidad en cada uno de los soldados, que no dejaban de hacer observaciones sarcásticas sobre mis demostraciones de valentía en diversas películas.

Toda mi vida, cada noche, antes de acostarme me arrodillo a hacer una sencilla oración a los pies de la cama. Pero aquella noche me las vi con una decisión difícil: pensé que si de pronto me arrodillaba a rezar delante de aquellos cuarenta rudos soldados, lo verían como una muestra de la teatralidad de Hollywood para impresionarlos.

Por otro lado, siempre me pareció mal dejar de hacer mis oraciones porque la situación me pareciera no apropiada para ello. Además, era la víspera del día en que se celebraba el nacimiento de Cristo.

Finalmente, me armé de valor y me arrodillé junto a mi litera. Al principio pude oír algunas risitas, pero al poco de empezar a rezar se desvanecieron.

Cuando terminé y me acosté sobre la paja, miré un poco tímidamente a mi alrededor y vi que había por lo menos una docena de soldados arrodillados en silencio, rezando cada uno a su manera.

David Niven (célebre actor del cine inglés)

UN LUGAR PARA MARIA

Bob tenía nueve años y cursaba segundo grado de primaria, si bien hubiera debido estar en cuarto. La mayoría de los vecinos de la localidad sabían que al chico le costaba mantenerse al nivel del resto de la clase. Era grande y torpe, lento de movimiento y entendimiento. Aún así, gozaba de las simpatías de los demás alumnos de la clase, todos menores que él, aunque los chicos no podían ocultar su irritación cuando Bob les pedía que lo dejaran jugar con ellos a la pelota o en cualquier juego en que fuera importante ganar.

La mayoría de las veces se ingeniaban alguna forma para excluirlo del juego, pero Bob de todos modos se quedaba por ahí mirando, sin poner mala cara, tan solo abrigando esperanzas. Era un chico que siempre se mostraba servicial, sonriente, inclinado a lo que se le pidiera y el protector natural de los oprimidos. A veces cuando los niños mayores espantaban a los más pequeños, siempre era Bob el que decía:

-¿No pueden quedarse? No molestan.

A Bob le atraía la idea de actuar de pastor,

con flauta, en la función navideña de aquel año; pero la directora de la misma, la Srta. Lombard, le había asignado un papel más importante. Después de todo, razonó ella, el mesonero no tenía que hablar mucho y la estatura de Bob haría más contundente la parte en que aquél le niega alojamiento a José.

Sucedió, pues, que como de costumbre un público numeroso se reunió para asistir a la gran presentación anual de cayados y nacimientos, barbas, coronas, aureolas y todo un escenario lleno de vocecitas alegres. Nadie, ni en el escenario ni fuera de él, se vio tan arrastrado por la magia de todo aquello como Bob. Contaron más tarde, que estaba entre bastidores y contempló toda la presentación con tal fascinación que, de cuando en cuando la Srta. Lombard tenía que impedir que se lanzara al estrado antes de su llamada a escena.

Llegó por fin el momento en que José apareció lenta y tiernamente, conduciendo a María hasta la puerta del mesón. Tocó con fuerza en la puerta de madera, que armonizaba con la pintura del telón del foro. Allí aguardaba Bob, el mesonero.

-¿Qué quiere usted? -preguntó Bob, abriendo la puerta con gesto brusco.

-Buscamos alojamiento.

-Búsquenlo en otra parte, -dijo Bob mirando directamente al frente, pero con voz vigorosa, -el mesón está lleno.

-Señor, hemos pedido cobijo por todas partes, en vano. Venimos viajando de muy lejos y estamos agotados.

-No hay sitio para ustedes en este mesón; -alegó Bob con mirada muy severa.

-Se lo ruego, buen mesonero; esta es mi esposa María. Lleva un niño en sus entrañas y precisa un lugar donde reposar. Usted debe de tener un rinconcito para ella. Está cansadísima.

En ese instante, por primera vez, el mesonero cedió en su actitud férrea y se inclinó para mirar a María. Hubo entonces una larga pausa que produjo cierta tensión y molestia entre los espectadores.

-¡No! ¡Largo de aquí! -le sopló el apuntador desde los bastidores.

-¡No! -repitió automáticamente Bob. -¡Largo de aquí!

Entristecido, José rodeó a María con el brazo y mientras ella apoyaba la cabeza en

el hombro de su marido, los dos comenzaron a apartarse. No obstante, Bob no volvió a meterse en el mesón. Permaneció frente a la puerta, observando a la desolada pareja. Tenía la boca abierta, el ceño fruncido de preocupación y, con toda evidencia, los ojos llenos de lágrimas.

Impensadamente, aquella pieza de Navidad se tornó distinta de las demás.

-No te vayas, José, -exclamó Bob- trae a María, -el rostro se le cubrió de una radiante sonrisa- pueden quedarse en *mi* cuarto.

Hubo en aquel pueblo quienes pensaron que aquel año se había echado a perder la representación navideña. Pero otros, muchos, muchos más, consideraron aquella pieza la más navideña de todas las que se habían presentado.

LA NAVIDAD DE 1914

Apenas hacía unos meses que había estallado la Primera Guerra Mundial y el conflicto se hallaba prácticamente en un punto muerto debido a la nueva modalidad de la guerra de trincheras, que tantas vidas cobró. Ingleses y alemanes habían aprendido a excavar kilómetros de zanjas a lo largo de pedregosas tierras de cultivo en Francia. Desde ellas, los hombres hacían fuego unos contra otros con morteros y ametralladoras.

En aquellas fosas fangosas e infestadas de ratas, los soldados ingleses abrieron los sobres que contenían las felicitaciones navideñas que les enviaba Su Majestad Jorge V. A pocos cientos de metros, tropas alemanas leían un mensaje del Káiser.

Tiritando en las frías trincheras, los hombres pensaban en su familia. Los separaba lo que se conocía como tierra de nadie, una extensión de terreno desolada llena de cráteres y árboles destrozados en la que se abría fuego automáticamente contra todo lo que se movía. Era una franja tan estrecha que cuando callaba el fragor de los cañones, cada bando oía el ruido de las cacerolas

procedente del campo enemigo, que aprovechaba la calma para cocinar.

Era Nochebuena. A altas horas de la noche, cuando descendía la temperatura, un centinela inglés de la Quinta División de Fusileros de Escocia oyó un sonido diferente al otro lado de la tierra de nadie. En las trincheras germanas, alguien cantaba:

—*Stille Nacht, heilige Nacht...* *

El inglés reconoció la canción. Se trataba de *Noche de paz*. El centinela comenzó a tararear la melodía. Luego, cada vez más alto, se puso a cantar la letra en su idioma, cantando un extraño dúo con su enemigo a través de las alambradas.

—...*heilige Nacht...* *

—...*holy night...* *

Otro soldado británico se acercó a rastras hasta el puesto del centinela y se puso a cantar con él. Poco a poco, a uno y otro lado, fueron incorporándose al canto más hombres, fundiendo sus roncas voces sobre el campo salpicado de hoyos producidos por las bombas. Luego los alemanes entonaron otro villancico, *O Tannenbaum*, y los ingleses

(*) La canción «Noche de paz» en alemán e inglés.

contestaron con *God Rest You Merry Gentlemen*. El canto alternado prosiguió. Un soldado inglés comunicó a sus compañeros que había observado con los prismáticos que los alemanes habían subido un ajado pino con velas encendidas en las ramas a la cima de la barrera de sacos de tierra. Cuando amaneció el día de Navidad se vieron dos letreros, uno a cada lado, que decían lo mismo en dos idiomas: «¡Feliz Navidad!»

Impulsados por una fuerza más poderosa que el miedo, los soldados fueron soltando sus armas uno por uno y, arrastrándose bajo las alambradas y sorteando los hoyos producidos por las bombas, se aventuraron en tierra de nadie. Al principio fueron sólo unos pocos, pero cada vez se les fueron uniendo más. Al final se habían reunido un buen número de tropas británicas y alemanas en las primeras luces del alba del día de Navidad. Se mostraron fotos de madres y esposas y se regalaron mutuamente chocolates y cigarrillos. Uno sacó una pelota de fútbol y los hombres jugaron en una pequeña extensión de terreno que había quedado libre de hoyos.

Después, terminó la tregua.

A media mañana del día de Navidad los jefes, horrorizados, llamaron a sus hombres de vuelta a las trincheras. Se reanudó el fuego. En pocas horas, la Quinta División de Fusileros de Escocia había emitido una orden prohibiendo el contacto entre ambos bandos: «Nuestra misión es combatir, no fraternizar», decía. Los soldados acataron la orden.

Sin embargo, el recuerdo de aquella primera Navidad en el frente había quedado grabado de forma indeleble en la memoria de los que sobrevivieron. Durante unas breves horas, su jefe no había sido ni el rey ni el Káiser, sino el Príncipe de Paz: Jesús.

EL 25 DE DICIEMBRE

En el año 274 antes de Cristo, un emperador del antiguo imperio romano escogió el 25 de diciembre como día de celebración del «nacimiento del invicto sol». Los hogares se decoraban con ramas verdes y velas, y los niños y los pobres recibían regalos.

Con el paso del tiempo, los cristianos se apropiaron de esa fecha y la hicieron sagrada. Hacia el año 336 D.C. la Iglesia determinó que todos los creyentes deberían celebrar el nacimiento de Jesús, el Sol de justicia, todos los 25 de diciembre.

A pesar de que en muchos lugares la Navidad se ha convertido en una gran fiesta comercial, en Nochebuena se hace silencio en el mundo. El Espíritu de un recién nacido cuyo nombre es Amor cautiva los corazones.

¿Pueda haber algo de malo en celebrar el cumpleaños de Jesús, en un día que tal vez no corresponda a la fecha exacta de Su nacimiento, con tal de hacerlo tal como a Él le gusta, con espíritu de humildad y un corazón lleno de amor?

Celebrémoslo de tal forma, que después no tengamos que orar: «¡Padre, perdónanos nuestras Navidades!»

AÑO NUEVO

Como un libro abierto
el Año Nuevo veo,
y en la portada escrito
«Mi vida» leo.

Abro el volumen
y echo una ojeada:
las páginas están en blanco,
no dice nada.

Pues soy escritora
y la pluma en mis manos
escribe lo que leerán
otros humanos.

¿Cómo será el libro
de ésta, mi vida,
escrita para que
por otros sea leída?

Una página escribo
cada jornada;
¿valdrá la obra algo
cuando esté terminada?

Ayúdame, Jesús,
a no hacer borrones
y vivir lo que querría escribir
en estos renglones.

RAYOS de SOL - Tomo 3 es una colección de 40 conmovedoras anécdotas y poemas que giran alrededor de la Navidad, aunque esperamos que ello no impida que lo disfruten todos los días del año.

Tiene el propósito de producir en sus lectores sentimientos nobles, de acercarlos más a Dios y de brindarles material abundante para leer con pequeños y grandes.

De la pluma de nuestros lectores:

Pamela Castilla - Contadora - Bolivia:

«Los RAYOS de SOL no sólo me transportan a otro mundo y hacen que me olvide de todas mis penas, sino además me abren los ojos y me hacen ver las soluciones a mis problemas. Las lágrimas que he llorado al leer algunos de sus relatos me han limpiado el corazón de la amargura y la envidia. Veo el mundo ahora con otros ojos.»

Carta de una niña de 9 años a su tío, quien le regaló el libro RAYOS de SOL Tomo 1:

Tío:

Te agradezco que me hayas regalado el libro «Rayos de Sol». Me parece muy bonito y lo leo siempre. Me gusta mucho «Sin amor, nada soy» y también «Arroz quemado». Mi papá y mi mamá también lo leen en la noche cuando mi hermana y yo dormimos. Chau, María Fernanda Donayre.

Felipe Castro - Estudiante - Perú:

«El otro día caminando por la calle recibí un pequeño folleto titulado *El bálsamo del perdón*. Primero no le di mucha importancia y me lo puse en el bolsillo, pero luego después de haber llegado a casa lo saqué para echarle un vistazo. Leí las primeras líneas y se hizo silencio a mi alrededor. Mis hermanos se dieron cuenta que estaba absorto en la lectura. Me faltan las palabras para describir el impacto que produjo dentro de mí. Hasta entonces había sido un día gris y pesado, pero de pronto el sol empezó a brillar en mi corazón. Espero poder obtener más de estas hermosas lecturas, porque quisiera experimentar una y otra vez aquella sensación celestial. Además he decidido que de ahora en adelante voy a pensar menos en mí mismo y más en ayudar a los demás.»